

The background of the image is a vertical wood grain texture. It features several dark, vertical, irregular stripes that run from top to bottom, creating a sense of depth and texture. The wood grain itself is a light brown color with visible fibers.

Marcha seca

francesca Gargallo

Marcha seca

Primera edición impresa, 1999

Para esta edición: Ediciones Corte y Confección, Ciudad de México, 2011

© Francesca Gargallo

© Fotografía de la portada: Helena Scully, 2011

A Giovanna Celentani, mi mamá, la bióloga

Lo vemos de noche, lo olemos de día, ahí, constante y lento, mientras avanza sobre el rastrojo de las milpas y los magueyes sedientos se abrasan un instante a su paso. No tiene mucho para comer pero es tenaz, sigue el vestigio de una raíz bajo tierra y reaparece veinte metros más lejos, se desplaza con el heno que el viento arrastra, dormita amarillo y azul al lado de las cercas. Ya no le tenemos miedo, ya no nos duelen las manos despellejadas ni la sed ronca de las cenizas en la boca. Estamos sin aliento más bien, pero seguimos. Nuestro cansancio sin forma adquiere un tinte desesperado porque entre nosotros y el bosque faltan ciento cincuenta metros. Las encinas lloran la poca savia que les queda, las hojas palpitan de calor, sus anchas formas cafés se acartonan. Abajo, en un semicírculo de faldas grises, las mujeres rompen la tierra con los picos y de sus mangos escurren sangre y suero. Han dejado a sus hijos en los ranchos, al cuidado de los animales que no han muerto de sed. Sólo una de ellas carga a una niña, la nana de la mía.

De repente, el indio nos grita que rodemos las piedras. Los demás, tosiendo, suben la cuesta y empiezan a demoler las cercas con despecho creciente, una piedra y otra, y otra todavía, con más prisa que sus veinte

brazos, con más fuerza que la imaginable después de ciento cuarenta y cuatro horas de sol, fuego y tierra, noche, fuego y arena. Yo no puedo. Sigo golpeando el suelo caliente con la pala, una y más veces, enervada de calor e impotencia. Ni una gota de agua alrededor. La tierra dura de los cerros se cuece al sol, mientras la fértil se quema. Frente al bosque, las piedras llueven aplastando el suelo, lapidando el fuego; pronto un río calcáreo ahoga las llamas.

Tú llegas no sé de dónde con una cobija de lana, me la tiras en los hombros. La tarde avanza violeta sobre el cielo. No puede ser que lleves a tu hija en semejantes locuras, me regañas. Luego vas hacia la nana, la tomas por el brazo y nos arrastras a las tres mujeres hacia la casa. Ninguna opone resistencia. El fuego ha matado la muerte por seis días y ahora es una mancha negra en lo amarillo. Don Pedro me espera frente al corral. Soy demasiado viejo, señora, empieza a disculparse apenas me ve. Sacudo la cabeza. No se preocupe, lo logramos, digo. Tu mujer está parada en el quicio de la puerta; detrás de su silueta diviso la luz azul de la computadora prendida. Detesto que ustedes dos se apoderen así de mi vida, pero finjo encontrar alguna lógica en tu repentina llegada, un resquicio de afecto. La verdad es que prefiero echarte de menos que tenerte cerca.

Tomo a mi hija en brazos. Me miras con recelo, crees que la maternidad es una situación debilitadora para las mujeres que hacen arte. Estás tan seguro de que sólo con un hombre una mujer se representa ante el mundo, que no te avergüenzas de expresarlo en público, mientras la mayoría de la gente que te escucha aprueba con la cabeza. ¿Qué haces aquí, cómo me encontraste?, pregunto. Pero mi hija nos interrumpe: tengo miedo, mamá. Mamá está contigo, contesto y acaricio la cara de la niña, esta cara que en cuatro años ha crecido y como ninguna otra ha transformado mi mirada. Le mordisqueo los hombros y, cuando finalmente se ríe, me echo en la cama con ella.

Estoy rendida, desde la sala la discusión con tu mujer me llega como un ruido acolchado. Seguramente estás abogando por mi arte contra mi vida. Desde que te conozco haces lo mismo, pero ayer sumaban dieciséis años que no nos veíamos: dos matrimonios tuyos y cinco libros míos, tu historia y la mía.

No llores, mi amor, digo a la niña, que se pega a mi cuerpo como un tronco joven a una cerca y sube por mi columna vertebral. La nana, desde que la conoció, sostiene que mi hija llora sólo conmigo porque a mí me gusta hacerle caso. Esta rígida tarde enjuta, sin poder respirar en la inmovilidad del aire carbonizado, lloro con ella. Me duelen las manos, me apiadan mis vecinos y me hartas tú con tu cara de hombre de negocios estupefacto frente a esta cotidianidad mía que es campo, es literatura. Una cotidianidad electiva que no tiene espacio para que yo mantenga la calma cuando esa idiota mujer tuya frente a mi computadora comenta lo que yo escribo, dando opiniones de manual de urbanidad. Me duermo sin embargo.

¿Por qué ya no me atrevo?, pregunto. Era tan simple: un gesto de la boca. Apenas. Un subir la barbilla, un bajar los ojos y nadie más, nadie más existía. O una risa, un paso, un rozarse. Simplemente me sentaba. O callaba de repente. Podía ser rubio si hacía mucho frío, moreno en el calor. Podía ser una mujer si me enamoraba. Conocido, desconocida: una imagen de película o la fantasía de un libro. Podía ser más joven que yo, más viejo, coetáneo para seguir jugando el juego de la buena amiga. En la cama, sobre una mesa, en la sala de máquinas del ferry. Podía ser después de que el viento nos había azotado la cara durante ocho horas de caminata, así como en el silencio de la biblioteca de la facultad. O en el Café de Colombia de Moscú donde un soldado ruso y yo nos miramos sedientos de la fantasía poética del extraño absoluto y nunca nos dijimos ni una sola palabra.

Por un rato. Todos fueron por un rato porque en cualquiera de ellos encontré el motivo para fugármeles. Los celos, la indiferencia, la prepotencia: excusas. Siempre defendí sólo la posibilidad de volver a estar sola, la fértil tristeza de regresar a la casa y escuchar el silencio que mis pasos hacían rechinar. Hubo promesas de amor, no te lo niego. Verdaderos deseos de

cruzar el tiempo de la mano. Dudo de que no hayan estado acompañados del pánico de quedarme atrapada en la vida del otro. Nunca duré con un hombre por el mismo motivo por el cual siempre he sido fiel: no tengo tiempo, no tengo cerebro para dos amores.

¿La edad?, preguntas. Podría ser, digo. Las primeras arrugas alrededor de la boca y las ojeras, la pancita. La espalda que empieza a endurecerse y engordar. Pero no es eso. Es por miedo que ya no me atrevo: a que me la quiten, a no tener tiempo para ella, a enfermarme y dejarla sola. No entiendes: nunca he amado así.

Dejo la copa sobre el escritorio. Te miro. Ahora tengo orgasmos mientras el sueño se aligera, como los hombres adolescentes poluciones nocturnas. Despierto jadeando, con las manos apretadas, la boca entreabierta y el temor de despertar a quien duerme a mi lado. Eso no es soledad, amigo mío, es sólo falta de sexo.

Toses y te mueves; a los hombres no se les cuentan estas cosas, no se les nombra el deseo vivo entre las piernas, no se les pregunta por qué no existen burdeles de sexo seguro para señoras. Sobre todo si no se pretende seducirlos. Lentamente vomito palabra sobre palabra porque te has atrevido a interrumpirme y tengo ganas de desquitarme. Me doy cuenta del error que cometo, pero ni modo. Estás sin saber qué hacer. Eres mi amigo desde siempre aunque nunca has pensado que tengo, que tenía, una vida sexual intensa, despiadada, totalmente ajena a la joven despreocupada que te había acompañado diariamente y que llegaste a querer por unos años.

Échale otro tronco al fuego, digo. Suspiras de alivio porque mi voz se ha suavizado. Tu mujer ha ido a acostarse y te espera en el piso de arriba. La computadora despide la luz mortecina de la pantalla abandonada. Y por qué

no intentas nuevamente con... Lo dices porque no has hablado desde que interrumpimos el trabajo para tomamos un tequila. Y porque tú sólo conoces a dos mujeres: la primera y la segunda. Con ésta te casaste, con aquélla volviste y sigues con ella, para un siempre que se te antoja óptimo. No, digo yo, olvídale. Sé en quién piensas: el único hombre con el que he estado y que tú me conociste. Jugadas de la lejanía, sólo tú puedes creer que es posible saltar sobre dieciséis años míos como si no hubieran transcurrido. Te caía bien porque lo veías superior a mí. Y yo también: treinta kilos, diez años y veinte centímetros superior a mí. Ese hombre te vengaba del hecho que en la facultad yo era una líder indiscutida. Se te olvida que yo te quería, que no te dejaba afuera de nada y a nadie se le ocurría consultarme sin consultarte de paso ni dejar de reconocer tu segunda posición; pero los hombres no saben sufrir eso, sólo quieren protagonizar.

Te miro a la cara, quisiera pasar un poco de rímel en las canas de tu bigote rojizo y un velo de maquillaje sobre las bolsas oscuras de tus ojeras. Te enojas, digo cosas que nunca me has escuchado.

¿Vamos a dormir?, preguntas para cortar. Afuera de las ventanas, la serranía aúlla de frío. Me echo una cobija sobre los hombros y salgo a mirar el cielo del invierno más seco de los últimos cien años. El olor del fuego ensucia el aire. Sé que hay incendios en todo el continente, que los volcanes escupen cenizas y los cerros crepitan hasta consumirse totalmente; que más al norte, en el desierto, las ciudades se ahogan de lluvia, los cerros se desgajan, los cactus se pudren. Es sobre la tierra fértil que no llueve, sobre los árboles y las brechas polvorientas. Llueve sobre el mar, donde el diluvio besa las olas diluyéndose y donde el aire caliente expande el agua y los glaciares se reducen.

Mi hija duerme. En su sueño mis temores se agigantan. Los de toda hembra mamífera y los de la posmodernidad: qué si me muero y se queda sola, qué si este mundo no nos contiene más. Dormiré con ella, ya no sé dormir sin ella, pero me doy un tiempo. Las estrellas rozan mi cabello y un coyote hace rodar las piedras de la cerca. La noche. Todavía la fantástica noche de la Sierra Madre Occidental. Intento borrar de mi memoria los pronósticos de los ecólogos y por un instante sólo pienso en mí.

Te has puesto tu elegantísimo abrigo italiano, y en la cabeza un sombrero de charro. Sales a la noche porque tienes que preguntarme. No puedes creer que hayan pasado tantas cosas entre tú y yo si éramos los mejores amigos del mundo. Te molesta que yo no te inquiera nada. El viento frío está tan seco que corta la piel. Nunca te han gustado los lugares que escojo para vivir. Cualquier marido te llevaría lejos de aquí, aseveras. Me da risa la palabra marido, por eso me callo. Te enojas, me echas en cara tu largo viaje, dices que entre los dos eres el único que está haciendo un esfuerzo para entender, en fin, recubres tu curiosidad con mil palabras. Me enamoré de dos hombres en estos tres últimos años, te respondo entonces. ¿Quiénes son?, insistes.

Uno era un viejo conocido. No me le acerqué por nostalgia, podíamos recordar juntos nuestra pasión por el teatro, mis veinte años, la revolución nicaragüense, pero no lo hicimos nunca. Reconocí algo de él cuando estuve en la sierra, sus pasos, su forma de trabajar interactuando con los demás, cómo te explico: reconocí que había andado por donde yo andaba. A veces, en la ciudad me encontraba con su hermano o me cruzaba con nuestros antiguos compañeros. Y de súbito, una mañana, una llamada. Llegó a la casa, se estiró en el cuarto de mi hija sobre un inmenso papel de estraza y pintó con ella, con

sus colores de dedo, sus colores de polvo, sus pinceles sin forma, hasta que apareció un lobo sonriente entre follajes guinda y verdes. Se rieron con la misma voz, al unísono.

Me habló de la Sierra Madre, de las velaciones y las hierbas de las curanderas, del río que se muere por los pesticidas. Yo bebía sus palabras porque reconocía en ellas mis paisajes, los que he escogido. Me invitó a un masaje. Fui a su casa: pequeña, en uno de los barrios más peligrosos y pobres de la ciudad. Me esperó en la parada del metro. En la acera, jacarandas en flor y sol; en su sala, velas y una comida preparada por horas. Quítate todo, dijo antes de sentarnos a la mesa. Uno a uno me saqué los anillos, el cinturón, la falda. Desabroché las perlas y el sostén.

Me acostó en una estera de paja tejida, despacio, sosteniendo mi cabeza con las dos manos y su sonrisa. Arqueé apenas la espalda para deslizar los calzones de hilo de Escocia hasta mis tobillos. Quise que mirara mi piel bronceada. Mírame, gritaba el brillo cobrizo de los senos y la blancura de mi calzón recorriéndome los muslos. Posó sus manos en mi rostro, llenó el espacio de esencias, mi piel de aceites. Cada nudo de la espalda me deshacía en gritos. No retengas tus emociones, instaba. Luego desbarató mis piernas, mis largas piernas de caminante, en cien dolores distintos. Y curó mis senos con sus manos de santo. Nunca sentí tanta tristeza junta, llegaba a borbotones desde lugares distintos, como la cara de mi mejor amiga en el momento que me dijo: me acosté con tu padre. Madre mía, ¿a quién serie leal? Y sus dedos en la llaga. Su palma abierta en el esternón en que se había hundido la guerrilla centroamericana y sus traiciones, su codo en el ombligo de la tierra: mi mar abandonado, mi sierra a la que no sabía volver, los incendios de mi bosque, los oxidantes en mi aire. Grité, gemí, no lloré. Las lágrimas son consuelo y sus manos me curaban mucho mejor que ellas.

Nunca volví a sus manos. Se debía entero al aprendizaje de la curación, no había espacio para el deseo que experimentó conmigo. Le llamé: Tengo clase, hoy no puedo. Una tarde, paso tras paso, atravesé los ocho kilómetros que me separaban de su barrio, crucé vías de tren en abandono, no escuché los ríos de automóviles que pasaban bajo el puente peatonal más largo y triste de América, esquivé camiones fosforescentes de basura pútrida y frente a la entrada de su casa me di cuenta de dónde estaba, con la mano suspendida y el cuerpo encendido de deseo.

Ya de regreso me tallé con limones, me cubrí de miel y froté la cara y el cuerpo bajo el agua helada de la regadera. Nada lograba quitarme el hedor de mi irrespeto: por suerte no toqué, me decía, por suerte no toqué a su puerta.

Pero el deseo es el deseo y él volvió a mi casa. Dijo ridiculeces: tu hija necesita una hermana, por ejemplo. Las mujeres damos a luz y los hombres no saben qué hacer frente a esa imposibilidad suya. Tu hija necesita una hermana quiere decir yo quiero hacer esa hermana contigo porque solo no puedo. La hermosa maravilla de la impotencia, el acto de humildad que nos da la vida. Para una hermana se necesita carne y yo tu carne en mi cuerpo no la he sentido nunca, respondí. Entendió: no puedo, curar es un oficio que requiere sacrificios, estoy en el camino, no puedo flaquear ahora.

Durante demasiados años he vivido con una mujer como para ignorar que no hay relación alguna entre el sacrificio de la carne y la santidad, que la espiritualidad es cosa de cuerpo también; pero él se abasaría antes de tocarme, creía a pie juntillas que ayuno y aprendizaje son una misma cosa. Se fue. Antes de que volviera a besarlo, antes de que se le volviera a hinchar el sexo bajo el pantalón, antes de que mis piernas lo envolvieran haciéndolo caer de su silla al piso de madera donde lo alcanzaría. Entonces yo enloquecí. Dejé de masturbarme. Era él lo que quería, no mi mano consoladora. Me sentí

atrapada en el estúpido juego de la fidelidad. Si tú te aguantas, yo también, quise decirle.

Nunca lo hice porque una mañana muy temprano él llegó a pedirme que lo acompañara a buscar una fuente de agua limpia. Yo conocía un riachuelo en las afueras, tan cerca de la ciudad más grande del mundo que nadie se imaginaría ese remanso, esos pinares, ese fluir cristalino y helado. Tengo una amiga en el bosque, y su casa antigua es mi refugio. Me ama como yo la amo, sin tenernos que explicar nuestras diferencias. Es la tierna esposa de un pintor fantástico. Veinte años con él. Cómo le hace. Cómo le hago yo sin raíces. Cómo le hace ella sin hijos. Cómo le hago yo con una que llena hasta mi excitación frustrada. No me preguntaría nada al verme llegar con él.

Me habló nuevamente de la sierra. Los dos conocimos los caminos sagrados de los coras en La Mesa del Nayar, los esgrafiados antiguos en la piedra porosa y el silencio que la resequedad impone a los campos. Pero a él lo arrestaron por enseñar a la comunidad las técnicas de cultivos orgánicos, lo encerraron quince días en unos calabozos de pánico porque de la policía mexicana nadie sabe nunca qué esperarse. Lo acusaron de ser un emisario de la guerrilla, a él que sólo sabe de yerbas y vibraciones, de darse en la actuación. Yo, en cambio, paseé por La Mesa con mi hija en los hombros. Escuché a la gente hablar en su lengua y a las mujeres tejer en negro, rojo, amarillo y blanco, tejer con el azul del cielo y el verde de la vida. Volví a casa y escribí, arrepintiéndome con cada palabra por no haberme quedado. Sólo mucho después supe que el ejército no me había quitado los ojos de encima.

Entramos a la corriente helada. Mi hija se batía en el lodo de la orilla, feliz. Entonces me resbalé y me así de él para no caer. Las manos por su cuerpo, la camisa mojada: lo besé con gula, nos respondimos pellizcando nuestras gorduras, los labios abultados, la saliva caliente. Mi hija se enceló. No toques a mi mamá, gritó jalándole el pelo. Llegamos a la casa de mi amiga con los

ojos clareados por el instante de eternidad que nos regaló el río. Sin embargo, al volver a la ciudad, me pidió que lo dejara en su casa. Odio manejar en el tráfico: te dejo en el metro, contesté.

No recogió mi declaración de guerra, la dejó morir de inanición. Nunca contestó el teléfono que repiqueteaba en el desprendimiento de sus meditaciones, en la metódica calma de su servicio de curandero; sin embargo, una tarde en que mi hija fue a casa de su padre, llegó a estar a solas conmigo. Creí conocer el desenlace, acepté cada beso gozando lo gozable desde un cuerpo capaz de aceptar el límite. Pero él llegaba a entregarse como una virgen que decide darlo todo, dispuesto a inmolar su iniciación en el altar de mi cama. Y yo, como todo macho, dije que no podía aceptar semejante sacrificio, para escuchar que sí, que sí, que lo dejara ser.

Del sofá a la recámara se desprendió de la faja de lana roja que protege el ombligo, el centro de la energía humana, el punto en que se concentra el universo. Los zapatos durmieron en el corredor. Encendió una vela en la cómoda y me sorprendió con la honestidad de su cuerpo desnudo. Me pidió que meditáramos juntos; visualizamos la sierra, el desierto y el vuelo de los cuervos lanzados sobre el despeñadero de Catorce. Pedimos por la tierra y cada una de las personas amadas. Me acordé de mí misma, a los siete años en la casa de mi abuela, con la empleada enseñándome a rezar antes de acostarme. Papá, papá, qué es dios. Nada, hijita, una necesidad de equilibrio, me contestó cuando volví a su casa. Cien vidas después me encontré con la divinidad sin embargo. Y el hombre a mi lado me obligaba a pedirle permiso. Por él, no por mí, por mí porque de lo contrario me quedo sin él: un rito, la forma más primaria del matrimonio. Digo que sí a todo, como mi padre ateo frente al altar católico de mi madre. Y ahora deja tocarte. Sí, no. Sin jerarquía, hasta la ceremonia más pura tiene la sospecha de invalidez. Finalmente la libertad de nuestra vida es la libertad de nuestros cuerpos. ¿No estaré

equivocándome? No, mi amor. Me besó los dedos: sentí el permiso de tomar mi lugar en su cuerpo, sobre él y bajo el peso de su tórax.

Fue la noche, la humedad que del sudor pasa al cerebro y vuelve brumosa la sensación del lino de la sábana, de la piel del antebrazo, del cuerpo que se arquea, se agota y se revive. Fue la canción del marino después de la marejada, el sueño que sobreviene entre palabras. No desconecté el radio despertador porque se me olvidó. La noche en que él desafió las estrellas, los huracanes azotaron con la furia de los dioses ofendidos las costas de Oaxaca y Guerrero, seiscientas personas desaparecieron, los ríos arrasaron los puentes y la humanidad tembló en la caliente calma del ojo de la tormenta. Las noticias llovieron sobre nuestro sueño enlazado y lo asolaron. Como un barco cuya propia carga impide que los motores resistan la succión de la marea y es arrastrado por la resaca, salió de mi casa por las culpas que le develó el noticiero y fue a expiarlas lejos del amor terrenal.

Oteas hacia la ventana de tu cuarto. Jamás antes ella había apagado la luz sin sentir tus piernas bajo las sábanas. La pequeña muerte llamaron los griegos al sueño y tú miras desesperado al semidesierto mexicano que le entrega la rendición de la noche a la mujer que aprendiste a amar porque yo te quería como amigo. Tú y yo significábamos litros de cerveza analizando la coyuntura hasta caernos entre orines en el bar de esa universidad extranjera, tú y ella hablaban de la esencia trágica del teatro del absurdo. Hace décadas, hace siglos. Hasta que me fui de tu lado pude tener a una amiga; te detesté entonces.

¿Y el otro?, preguntas ofendido. El otro es una historia de tres días, sin antes ni después, te digo. De repente tu amiga te importa muchísimo. Mi soledad te humilla, pero te da mucho más miedo que yo te diga que no estoy sola. Los hombres se dividen en omnipresentes y abandonadores, en inquisidores y caballeros andantes, no hay uno que soporte no ser nada sin embargo. Te has topado siempre con el segundo grupo, me dices. En realidad, yo pertenezco al segundo grupo, sólo que desde la orilla de quien huye de los omnipresentes como tú, desde la orilla de quien es tan andante como el caballero, de quien sólo ama a quien defiende. Piensas que si tú no existieras

tu mujer se sentiría como yo y no sabes si puedes tolerarlo. ¿Quién es el otro?, insistes.

Las piedras de la cerca vuelven a rodar. El coyote tiene sed. Nos huele y nos teme, pero la cercanía del agua es más fuerte que el miedo. Primero lo oigo, luego lo veo correr hacia el lavadero de piedra, donde al fondo de unas cubas descansa todavía un poco de líquido. Son semanas que nadie lava aquí. Tras él llegan la hembra y dos cachorros flacos. Extiendo el brazo para que no te muevas. Las estrellas atraviesan la oscuridad y la piel de los animales que parecen brillar como constelaciones. En una ocasión me peleé con un ganadero en Chihuahua, tiré sus papeles sobre una mesa y salí rumbo a la carretera. La sed me desmayó antes de que terminara de cruzar sus catorce mil hectáreas. De noche tuve la fuerza de arrastrarme hasta la carretera. El coyote y yo somos la misma carne sedienta. Más aún: el coyote soy yo con mi hija sedienta. No te muevas, te ordeno.

Finalmente hay silencio entre tú y yo. Te acercas y me abrazas. Eres invencible, me dices despacio. En tus ojos todavía me tienes a los diecinueve años, sujeta de las piedras en la cascada, los ojos de la necrópolis abiertos sobre mis pasos y mis pies en el lodo resbaladizo, el molino jalando el agua con sus palas viejas y tu toalla enredada en una rama de enebro. No quiero que me mires así ahora. Yo también fui feliz ese día. Y el siguiente: había un júbilo involuntario por estar en el brote de la vida propia. Pero de otra manera en este instante lo soy más.

Sólo yo entendí por qué te fuiste, dices; necesitabas dejarlo todo, sobre todo dejarme a mí. En invierno, odiabas mis libros y mi falta de tiempo, contesto; yo corría de una manifestación al grupo de autoconciencia; recuerda que te tuvimos que correr de la casa de una feminista donde quisiste entrar a fuerzas para ver qué pasaba, por qué queríamos estar sin hombres, por qué nuestro poder. Eran insoportables, dices. No volvamos

sobre el tema, te pido. Te marchaste para ser tú, insistes con rabia, dejando claro que para ti eso fue un pecado. Tu voz que sube asusta al coyote. Siento que te odio. Los animales huyen, sólo la hembra da vuelta la cabeza sobre la cerca, es un animal de la noche y me escruta.

El olor del incendio, mi casa rentada de piedra, los catorce ranchos sin luz más allá de la cerca: ¿como no entiendes que mi vida me agobia, que nunca podré dejar de escribir y que tú me interrumpes? Hay un ansia que crece en mí, por ello te espeto: La vida política era mucho más intensa aquí, pero hay algo que no sabes, me enamoré, me enamoré enloquecidamente de la compañera de un dirigente. No quiero que me hables de mujeres, háblame del otro, gritas.

A los hombres las mujeres con mujeres los excluimos, las mujeres con hombres les ofrecemos fantasías. Es una historia de tres días, digo; una banal y fabulosa historia de tres días. Nunca he tenido historias de tres días, contestas. Inténtalo: se inicia con mirarse, como en todas, pero detrás está el avión que te salvará de no atreverte, el avión que es permiso de todo, hasta de poder decir tómame para siempre, porque ese siempre está delimitado por el horario de los vuelos intercontinentales.

Finalmente has subido a tu cuarto. Escucho la puerta a mis espaldas, suspiro de alivio y salgo hacia la noche. Los caballos que don Pedro cuida bufan ligeramente cuando les paso cerca. Camino como el último ser vivo del planeta. Los perros olfatean para saber, yo tengo cincuenta y cuatro veces menos poder en la nariz que ellos. Los alacranes se arrinconan y las conejas entibian la guarida para sus hijos. Pero yo camino, sola.

Un paso tras otro, en la claridad de la luna menguante, la que sale muy noche.

Un paso tras otro y los muslos se aprietan secos y fuertes como troncos.

Un paso tras otro, la vida.

Una vez más abrazo un tronco, la piel áspera de un mezquite. El árbol y yo nos quedamos inmóviles, él me consuela y yo me dejo ir. Vemos subir la luz y luego aparecer el sol en el horizonte morado, entre pequeñas velas de azul. Me desprendo del mezquite casi con dolor, como si la tierra iluminada ya no pudiera pertenecerme. Cuando mis ojos abarcan toda la llanura, siento miedo. Cómo volver a casa sin una gota de agua. Cómo con este cansancio que aletarga mis pasos.

Nadie, sé que no hay nadie a la redonda: he escogido el desierto para vivir. Me dejo caer al pie del mezquite; es mejor rendirse de una vez, secarse al sol para que la carne sea devorada por las auras tiñosas y los huesos dispersados por el viento.

Luego, paso a paso, emprendo una marcha seca. Es mi hija la que me llama, su sonrisa al despertar y verme. Es mi hija el deseo animal de no dejarla sola y yo soy fuerte, tan fuerte como la coyota; viene de muy lejos en mí el aire marcial que adquiero cuando juego al héroe. Yergo la espalda y mi porte se ajusta. Camino con el sol que avanza, con la piel que se quema. Soy heroica, soy bella. Una miliciana de la guerra civil española. Mariana con la bandera republicana sobre los surcos sedientos de sangre de la revolución francesa. Soy un cuadro, un fotograma de película. Me batiré en duelo al sol del mediodía. Soy Juana de Arco subiendo a la hoguera. Soy sor Juana alejando de sí el cálamo y pudriéndose en la tristeza enjuta de la falta de escritura. Es un juego, la actuación que me permitirá llegar y abrazar a la niña, sentarme cansada en el piso y sacar sus juguetes, leerle con voz de arena y tierra seca los cuentos que ama que le repita mil veces.

Hace años, bajo las lluvias torrenciales de El Salvador, era el mismo juego. Era un héroe, así en masculino, y el premio era una nota publicada en el periódico, un compañero que me decía que tenía valor, el perdón que esa revolución campesina me otorgaba por haber nacido en otra parte.

Hace años, bajo las golpizas de mi padre, era el mismo juego, y mi premio, que no le derramara al hijo de puta ni una sola lágrima.

Hace años, bajo el fuego cruzado de las preguntas en los exámenes, era el mismo juego, y mi premio, tu mirada atenta.

En la sala barrida de la casa el polvo ha quedado suspendido. No hay agua para humedecer el piso, pero tu mujer se ha enfundado en un pantalón de lino crudo y sostiene la conversación con valor. La intimidad es cosa de ustedes dos, yo no tengo por qué saber que sufre. Lavarse es fijación de locos y asesinos, he bromeado ayer; Hitler se limpiaba constantemente las manos, hay un enfermo deseo de purificación en frotarse para enfrentar a los demás. ¿Vas a volver a hablar de lo natural de los olores humanos?, me has interrumpido como si no hubieras sido tú el que descalificó al profesor de física por su aspecto enjabonado. Era nuestro juego de niños desacreditar a los limpios. Ella ha sonreído distante. Ella está lo más perfectamente en su lugar que pueda a pesar de que no hay una gota de agua en el baño. Tampoco ahí.

Yo estoy cansada, no quisiera escucharla pero a pesar de ello me seduce. Habla de su galena, de la vuelta recurrente a ciertos colores en la pintura, como si significaran algo más, etapas del aire, percepciones de la pérdida, o por el contrario, de la angustia material y la vida. Éste es un período blanco, dice. Miro por la ventana, una bruma seca empaña el cielo a lo lejos. Blanco el azul, pronto será blanca también la tierra. Mi hija arrastra un camión de

madera por las baldosas, emite un gruñido de motor y tose para dar a entender que sube por una cuesta blanqueada por las tolvaneras.

Tu mujer me mira nuevamente desde sus pantalones de lino crudo y el cosquilleo del polvo seco en la piel. Está posesionada del papel que la sostiene: ella es la culta promotora de los artistas que la cercanía de los ricos como tú atrae. Me ofrece cifras, nombres de catálogos, porcentajes como si estuviera convenciéndome de algo. El arte es un gran negocio para quien tiene talento y sabe aprovecharlo, dice; las escritoras, por ejemplo, ahora están de moda: ¿por qué no escribes una historia de mujeres insumisas, de ésas que ya no quieren obedecer pero saben cocinar, o cualquier cosa por el estilo? Su voz suave ni siquiera registra la agresión que expresa. No, gracias, no sé qué escribir ahora, no sé si ya tiene sentido rebelarse, a qué, a quién: frente al caos no hay organización narrativa posible, contesto porque no sé estar a la altura de una conversación ligera. Me mira con ironía, como a uno de sus pintores cuando no hacen lo que ella quiere. ¿De qué estás viviendo?, pregunta de repente. Vendí mi auto, me bastará para estar aquí unos meses. Tú entras y mi hija sale al patio con los pies descalzos. Me enorgullecen sus plantas endurecidas capaces de aguantar el suelo que hierve. ¿No tienes auto en este desierto?, se exalta ella. No, respondo. La asalta esa locura que he visto en los ricos cuando la vida de los otros les contradice la suya, empieza a gritar que es demasiado peligroso, que quién me creo que soy para no temerle al olvido del mundo intelectual; grita también para que tú la escuches. Entonces tú pierdes los estribos: Ya déjala en paz, es su forma de ser, siempre ha sido así. Y ella: Hay que hacer algo, está loca y su hija es una salvaje, hay que salvar por lo menos a la niña.

Otro miedo me asalta. Ya no el miedo de las mamíferas frente al peligro cuando se perfila a lo lejos, ya no el pánico por la sobrevivencia de la especie, sino el pavor de la humanidad: el sobresalto por el hombre y sus leyes

armadas contra las madres. Sé que los morderé en un instante si no desaparecen de mi vista. Intuyo todavía que soy sólo la excusa para su pelea, pero tienen dinero y ningún hijo yeso los convierte a mis ojos en los emisarios de la ley, del derecho corrupto de los poderosos. Por suerte mi hija tiene padre, pienso, y me da rabia una vez más saber que tengo que pactar con el orden del hombre para que no me arranquen mi carne de mujer. El padre, el padre ausente como último recurso.

Tu mujer se ha ofendido contigo y empiezas de inmediato a desandar el camino de tu instante de insolencia: le cuentas dónde la llevarás de vacaciones, cuánta mar podrán ver, la cantidad de agua que se verterán encima. No es nuestra responsabilidad, dices tú indicando con la mano la puerta por donde ha salido mi hija. Hay que llamar a un juez de lo familiar, hay que denunciarla, ni siquiera va a mandar a su hija a la escuela, grita ella. Los miro. Siento ganas de marcharme, cerrar puertas y ventanas y prenderle fuego a la casa con ustedes dos adentro. Así aprenden, así se joden.

Salgo a las baldosas de la veranda y juego con la niña. Adentro ustedes dos se queman. En un segundo ella gritará que tú siempre me has querido más a mí que a ella: lo sé, es inútil pedir originalidad en los pleitos. Y tú le contestarás que su negocio es más importante que tu vida. Pero hay algo que yo no puedo imaginar, algo que no pertenece a mi experiencia, y son las acciones que se multiplican, la casa que sube de valor, los cuadros, el coche, su compartida solidaridad que se descuenta de los impuestos. Ella te recuerda esa comida tan brillantemente platicada sin la cual tú no habrías firmado el contrato aquel y tú preguntas qué debe de sí misma una galerista a los encargados de Bellas Artes, a los dueños de las aduanas, a los periodistas. Y se afanan sabiéndose insustituibles, indispensables, incosteables. No es paz lo que buscan peleándose, sino ratificar su importancia, volver a la norma. Yo estoy fuera de la norma. No es cierto, le gritas tú: ella, o sea yo, estaba desde

antes de que te conociera, estaba desde mucho antes de heredar los bienes de mi padre.

Se queman sin subir la voz: en tres días debes estar en casa, para el Centro de Convenciones necesitas el permiso de Turismo, dice pausada ella. No importa, querida, no he terminado de pagar la compra del inmueble, contestas duro. Ella se levanta, te mira incrédula. Tú sostienes la mirada. Entonces ella se cepilla con fuerza el pelo que la sequedad del aire quiebra. Toma el bolso de cabritilla azul, las llaves del auto y levanta una polvareda amarga en el potrero seco, cerca del abrevadero de arcilla requebrada donde todavía descansan los esqueletos momificados de los peces que los zopilotes han desestimado. Las partículas de su gasolina quedan suspendidas en el aire.

El potrillo de la yegua amorcillada ha muerto de sed. Primero ha doblado sus largas patas, como si se arrodillara frente al cielo blancuzco, luego ha dejado caer la cabeza de lado y ésta ha arrastrado todo el cuerpo. La piel se ha pegado al esqueleto y las costillas están a la vista, inmóviles. La niña llora. ¿Qué le pasa a mi caballo, mamá? ¿Nos lo vamos a comer? La muerte de una bestia tiene sentido porque su vida pasa al ser que la engulle, le explica el indio cuando se la lleva al rancho para sacrificar un animal. Ella le cree: El cordero está dándome fuerzas, me dice mientras lo come; sin embargo, ahora es el potro de vello suave la víctima, el que yo había prometido comprarle. No era viejo, mamá, no tanto como tú, ¿por qué se ha muerto? La yegua lo huele, empuja con su largo hocico fuerte el cuerpo flaco que ya no puede amamantar y yo le veo los ojos desorbitados, la locura que me atacaría en su misma situación. Levanto la mirada hacia don Pedro. Se van a morir todos los animales tiernos, señora. No pregunto nada, tomo a la niña en brazos y corro hacia la casa.

Con mis zancadas se levanta el viento; ligero, sopla a ras del suelo y alienta una tolvanera a cada instante mayor. La nana nos recibe y cierra la puerta, sella las ventanas con trapos y cobijas. Moje un pañuelo, señora, y cúbrale la

boca a la niña, me aconseja. La tarde adquiere el color de la tierra seca, es azafrán, es pimienta molida y pica la garganta, araña los ojos.

Oigo tus sollozos en el cuarto de arriba. Mi hija se arranca el trapo de la cara: no quiero mamá, me molesta, y respira polvo y ceniza tan finos que se cuelan entre las piedras rodadas de los cimientos.

Me siento a la computadora y escribo página sobre página, con el aliento entrecortado del galope de mis dedos en el teclado. Palabras que son ideas, que son imágenes, que son el aullido que no soy capaz de lanzar. Toso y escribo, se acaban las botellas de agua y escribo, lloras y escribo. No puedo soltarlo, desde siempre es así. Dejar testimonio de ti, de mí, del cielo que se estremece, construir historias para escapar de esta pesadilla presente, definir el amor para entender las diferencias. No empecé nunca y cada vez que termino siento que nunca más podré, hasta que nuevamente sólo importa la página siguiente, la frase que condensa, el sonido de la idea. Escribo y entiendo, escribo y explico; es al mundo exterior a quien me dirijo, pero todo lo que del mundo exterior proviene me interrumpe. De repente el viento afuera arrecia, un trueno sacude el aire arenisco: los cables de la alta tensión chocan entre sí y me quedo sin luz, sin texto. Ahora sí, sin amparo.

No sé cuánto va a durar, dice la nana. Me tiro en el sofá con ella y la niña, acordando la ley del menor esfuerzo. La sala se tiñe de algo que no es gris, una bruma seca, ocre; afuera el mismo color borra todos los límites y silba al pasar entre los muros.

Ya no oigo tu presencia en el piso de arriba y sin embargo sé que estás. En el potrero, los animales relinchan; por la excitación del viento la yegua amorcillada piafa y la vaca embiste, mientras un poco más lejos los rebuznos del burro de don Pedro entonan el canto de dolor de las mulas de toda la hondonada; resuenan como un presentimiento. Mañana sabremos que los

coyotes han venido a destazar al potrillo; es la hembra quien dirige a su familia y no le importa que sea de día: tiene tanta hambre como sus cachorros. Tú te mueves por las duelas del cuarto tan nervioso como los animales. No hay autos, las pilas del teléfono celular se han descargado y los muros te aprietan el pecho. La noche baja rapidísima sobre el silencio que al marcharse tu mujer te ha dejado.

En la planta baja, cuando la oscuridad cubre nuestro insomnio callado, las tres juntas nos movemos hacia mi cama. Nadie tiene hambre; y menos, la fuerza para cocinar. Mi hija se pega a mi cuerpo, se trepa a mi oído. Así nos decimos secretos. Te quiero; te quiero es nuestra confianza mayor, la clave para acceder a la intimidad. Y te quiero me mueve las entrañas, me toma en la boca del estómago, a la vez me quita la respiración y me la insufla, es placer y pánico. Abrazo su cuerpecito que se duerme seguro en mi pecho; mientras paso mi mano por su espalda flaca me brota un lamento, una de esas roncadas canciones de cuna que todas las mujeres del sur sabemos desde siempre. Canto toda la noche.

La mañana es la luz opaca que se filtra por las ventanas. Tu mujer la mira entrar en su cuarto de hotel y borrar la belleza de Zacatecas que ayer la consoló de tu traición. Una angustia parda la oprime. No oye mugir las vacas como nosotros, pero sabe que la muerte está ahí, del otro lado del vidrio. Baja a desayunar. Los meseros sonrían con fatiga; ella ve su jugo, sus huevos, su pan en la mesa. Está acostumbrada, pero no saben a lo mismo.

Señora, ¿adónde va?, la retiene el director del hotel. Es un hombre elegante, como ella. La detiene de un brazo aunque sepa que no se hace. La mira porque necesita cuidar de alguien. Su traje es perfecto, la corbata colorea apenas el conjunto. Ella le devuelve una mirada ofendida. Él sabe que debe soltarla. No vaya, señora: es peligroso, hace un último intento. En las ciudades de provincia no pasa nunca nada, lo corta ella. Sin embargo, sube a la camioneta, abraza el volante y se echa a llorar.

Pasan las horas. El viento no es veloz, sino constante. El país entero es tierra seca que vuela por los aires. Ya no hay montaña, no hay valle, sólo incendios que se huelen a kilómetros de distancia, sólo partículas en las que no puede crecer nada, monóxido de nitrógeno, azufre, ozono, monóxido de carbono. La nana de mi hija se hinca; la letanía del rezo nos sosiega. Ave

María Purísima. Ave María, responde el eco de centenares de campesinos deseantes. Engendradora del agua, tierra húmeda, Ave María. Ave María que fuiste madre de las amamantadoras, madre de los cauces de los ríos, madre de los cardenches y las biznagas. Ave María, y en la sierra la maraca lenta de los cantadores, la maraca rítmica de la súplica, la maraca que te llama, madre tierra, madre maíz, madre agua; los tambores: madre tierra, los danzantes: madre tierra. Mi amante se tiende en el camino antiguo de los coras desnudo y blanco se pica los lóbulos de las orejas, se sangra el pene y la lengua con espinas de maguey. La sangre cae a la tierra: llama a tu hermana agua, madre tierra, canta y canta mi amante que sin embargo sabe que los dioses antiguos ya no pueden contra este desastre tan moderno, contra este cambio que en la naturaleza hemos provocado nosotros. Mi amante se atraviesa la lengua y se inserta una pajilla para que el dolor y la sangre alimenten el movimiento de la vida: llama a tu hermana agua, madre tierra. El ejército lo ha perdido de vista en la bruma parda.

El indio aparece en el quicio de la puerta. Mi hija se le acerca saltando de alegría y lo toma de la mano como cuando él viene a recogerla para que lo acompañe en alguna faena. Con él entra a la casa el olor a tierra quemada. Tú bajas por la escalera. El indio retiene la mano de mi hija que se sosiega con su seriedad. Se han prendido las copas en la sierra, dice. ¿Qué?, preguntas. Las copas de los árboles, explica la nana. Nos quedamos inmóviles. Entonces el indio vuelve a hablar: ¿Cuántos caballos tienes todavía? Me mira a mí, pero los animales son de la nana. Yo la miro, ella no dice nada, son su última propiedad, todos sabemos que si trabajan mucho, malbebidos y peor comidos, morirán de fatiga. Hay seis niñas y tres mujeres cerca del incendio, insiste el indio. Entonces tú subes al cuarto y vuelves a bajar, casi corriendo. Tienes un fajo de dólares en la mano. En el norte para los ahorros se usan dólares, ¿cómo llegaste a saberlo? Aquí todos tienen alguien del otro lado, todos

menos los más pobres, menos los indios. ¿Cuánto valen tus caballos?, preguntas. La nana le mira, yo te miro. Por un instante eres mi sol y resplandeces para mí como las mañanas de infancia, cuando la luz brillaba tras las lluvias sobre los campos verdes. Necesito también dos hombres, dice el indio. Te mira, me miras, abrazo a mi hija. La niña va donde va su madre, digo yo. No, dices tú. Sí, afirmo perentoriamente y el indio aprueba con la cabeza. La nana entonces reacciona: debemos hervir el agua de la cisterna, se llevan todo lo que queda, ordena.

Tu mujer llega al aeropuerto pero los vuelos están suspendidos; no hay visibilidad tose la torre de control ¿Hay otro aeropuerto cerca?, pregunta en el mostrador. Le tosen más fuerte en la cara. Está perdiendo, como tú estás perdiendo, el boleto de regreso a casa. Vuelve a alquilar la misma camioneta, no hay agua para lavarla, se la lleva casi a la fuerza. En la bruma encuentra el camino para el hotel, el portero dialoga por internet con un colega de Nueva York: también ahí hay humo; se mete al chat un tercer camarero: en Nueva Delhi las temperaturas superan los 47 grados y 1670 personas han muerto de sed; de Guatemala un mesero lanza un escueto SOS: estoy rodeado de llamas y nadie viene a salvarme.

Tu mujer busca al director. Las salas enormes, los cuadros de mil colores, los manteles almidonados, toda la provinciana elegancia del mundo internacional de los grandes paradores se va cubriendo de polvo. El director cruza un salón, se pierde detrás de una puerta. Tu mujer irrumpe en el cuarto. Al hombre le brotan unas lágrimas apenas húmedas, tiene a su lado una pistola. Señora, ha vuelto, dice. Son dos náufragos en el barco más bello del mundo, en el medio del mar más bello del mundo, rodeados de niebla, al

garete. Váyase de aquí, señora, ¿por qué se queda? Tu mujer se acerca. ¿Dónde, adónde ir?, solloza. Entonces se abrazan.

En el potrero, el indio ha amarrado un paliacate mojado alrededor de la boca de mi hija. De él, la niña lo acepta. El indio sabe que mi hija ama los caballos, pero que el pie de la mula que carga el agua es más seguro. Es toda para ti, le dice, ahora me muestras cómo aprendiste a guiarla; la niña se siente importante, lo es. Yo monto la yegua amorcillada, antes le he pasado violeta de genciana en las heridas de las patas delanteras: mordidas de coyote. No recuerdo si a los caballos les da rabia, seguramente sí aunque no importa: morirá antes. Tú montas un palomino flaco y el indio, como todo un indio, escoge el pinto. Entre mis piernas no siento ya la bestia indómita que hace de los hombres centauros, sino 205 huesos que sostienen los tejidos blandos de un cuerpo agotado, un cuerpo que antes de ayer amamantaba.

Mi hija va entre el indio y yo, así los dos la protegemos. Detrás de mí, tres mulas cargadas con los pocos quesos, el botiquín y las tortillas. Tú cierras la marcha arrastrando dos mulas con agua y otra con las palas. No se ve a treinta metros de distancia, el humo blanco y la tierra parda se han combinado para esconder la realidad tal cual la conocimos hasta ahora. Cuando don Pedro se aparece tras la última cerca del rancho con la mano levantada para darnos su bendición, de mis ojos brota lo rojo de la irritación pero ya no lágrimas.

Avanzamos tras el indio porque nadie más sabe adónde dirigirse. Por unos segundos creo escuchar a lo lejos el motor del camión que dos veces al día recorre la carretera hasta Zacatecas. Con él abandono la última oportunidad de dejar la Sierra Madre Occidental y me dirijo hacia el bosque, con quien más amo.

Sudamos. Mamá, ¿por qué hace calor si no hay sol?, pregunta la niña. No sé, todo está fuera de lugar. ¿Qué respuesta es ésa para tu hija?, increpas tú. La verdad. Nos callamos, los cascos de la caballada por momentos se posan en la ceniza sin nudo, otras veces golpean la piedra seca de la que brotan chispas. No hay tierra, por lo menos no esa fértil sustancia que las raíces de los árboles retienen y en la que el agua se aloja. No hay ruidos de tierra tampoco. Sólo la bruma es concretamente algo que desconocemos sin embargo; una nube seca y densa en la que los movimientos parecen anteriores a cualquier cultura. Sin horizonte no tenemos percepción de lo cercano, las cuestas nos toman de sorpresa, la mañana y la tarde se confunden sin sus tenues variaciones de luz. Cuando dice que las mujeres están a un día y medio de camino, el indio no sabe a cuántas horas están; sus tiempos son los del descanso, el hambre, la vista. Así tu reloj nos sirve muy poco, y el número de pasos de los tiempos del indio tampoco es útil porque los caballos en esta árida penumbra avanzan más lentos que un hombre, temerosos y con el olfato atascado. Los demás animales están tan perdidos como nosotros y una venada nos ve surgir de la bruma sin saber hacia dónde escapar, inmóvil hasta que el pinto la empuja fuera del sendero.

Nos pararemos cuando tu hija tenga hambre, organiza el indio. Tras él, la niña monta la mula mirando hacia todos los lados; algunas ramas le arañan la carita perfecta y yo siento toda la impotencia que me provoca no saber protegerla. Por dios, ¡que llueva!, grita la frustración en mí, porque la lluvia lo lavaría todo, también las pequeñas marcas de sangre de su rostro. Mi hija empuja con las piernas la mula aunque sus pies no llegan todavía a los estribos, es más fuerte que tú y yo, tan fuerte como la sierra. De repente me asalta la evidencia: ¿son tus hijas las niñas que vamos a buscar?, pregunto al indio. Algunas, contesta; a las mujeres les gusta vivir juntas y cuando van a casa de una que tiene marido si quieren pueden volverse sus esposas, pero

muchas ya tienen hijos. Para mí es claro, pero tú lo miras como si fuera un bárbaro, la poligamia es un deseo que Occidente reprime. No entendiste que son las mujeres las que deciden con qué amiga ir a vivir, no el hombre que escoge las amigas de su mujer. Nada tiene que ver con su deseo, nada tiene que ver con tus fantasías. ¿Y qué edad tienen?, vuelvo a preguntar. Ya sirven para la cocina y la milpa, pero todavía no para marido. De los cinco a los doce años, te traduzco. Algunas se fueron al albergue escolar y ahí han de estar, dice el indio; pero éstas no quisieron. Es absurdo, rebates tú; ¿qué niño quiere ir a la escuela? Algunos, contesto. Los caballos tosen, escupen la bruma espesa y nosotros volvemos a callarnos.

En una bifurcación el indio se detiene, hay árboles iguales a la derecha y a la izquierda, y piedras, sin ninguna profundidad ni señas. Descabalga y baja a mi hija de su mula. Desmonto yo también, la yegua amorcillada se queda inmóvil. El indio avanza a pie por el sendero de la derecha, pocos pasos más y desaparece. Tomo a la niña de la mano y vamos a hacer pipí tras un árbol. ¿Cansada?, pregunto. No se lo digas mamá, así llegamos más pronto con las niñas de mi amigo. Estrecho su cuerpo hundiendo mi cara en él. No quiero que me vea llorando. Apoyado en un árbol, tú la has escuchado con malestar como si su fuerza le impidiera agarrarte las piernas y doblarte sobre ti mismo; no obstante, te acercas a las dos y nos abrazas. No doy más, dices. En ese instante las mulas empiezan a tirar coces y la yegua amorcillada cae al suelo. Corro entre las bestias nerviosas la yegua jadea con estertor, le suelto la cincha pero su respiración no mejora. Se está muriendo, dices. La niña se acerca peligrosamente a los cascos del animal que patea el aire esperando jalarlo hacia sus pulmones secos. La levantas en vilo antes de que la yegua la golpee. Tío, te secretea en el oído y tú también sientes que la amas, que te la quieres llevar lejos de ahí, que es injusto lo que hacemos con ella. Tío, ¿verdad que no se va a morir?

No escucho al indio tras de mí y la sangre me salpica la cara y la camisa cuando hunde su cuchillo en la yugular de la yegua que estira las patas y deja de moverse. Aleja los animales, me ordena. Amarro la recua a una docena de metros, mientras él destaza el animal y tú preparas las cobijas para vivaquear. La noche nos alcanza así, sin preámbulo, cada uno haciendo algo distinto y nos hunde en el pánico.

Bebemos, el agua nos apaga algo adentro, la angustia se diluye. No estamos acostumbrados a las noches calientes, la sierra vibra de frío en las altas horas, cuando las estrellas cobijan los ranchos y la luna brilla impávida las tinieblas hasta ahora han sido excusa para los abrazos más ardientes y para las cobijas de lana. ¿Qué es esta oscuridad tibia que nos envuelve, esta templada lechosidad lóbrega? Sin embargo, prendemos una fogata y nos consuelan la carne de caballo y el café caliente. Humo en el humo. Pobre humanidad tan flaca en su desamparo la mía, me es suficiente un poco de alimento para volver a bromear, para abrazar a la niña y creer que mañana lloverá, que mañana nos calentará el sol de día y temblaremos de frío en la noche, que mañana veremos a lo lejos. Mi hija me pide un cuento, nos apoyamos en las cobijas. Otra vez, suplica cuando termino. Una situación en la que toda normalidad se ha quebrado no deja de tener elementos cotidianos.

El indio arroja su primer bocado de tortilla al fuego, a su abuelo, al sol aquí en la tierra. Lo ve consumirse y lanza a las llamas un trozo de carne. Luego come en silencio, mientras la niña se duerme y tú me preguntas despacio:

¿Dónde crees que está mi mujer? Me encojo de hombros, no sé. Cierro los ojos y me hundo en la absoluta nada del sueño.

Despierto un par de veces en la noche. El indio canta y canta, tú nos das la espalda. Luego el indio canta y canta y tú gruñes el nombre de tu mujer y te mueves. Sólo en la madrugada me despabilo de verdad; sin embargo, como los animales apoyados en los troncos, no me muevo. Escruto la calidad del aire, la miro, siento mis ojos. La niña acurrucada en el cuenco de mi posición fetal es el recuerdo de todos mis amores y retengo hasta la respiración para acogerla más en mi seno. De repente te despiertas y me ves. Ya no te atreves a seducir porque estás satisfecha, dices. Sonrío, cierro los ojos y no me muevo.

Es buena hora, no hace calor y los animales están frescos, nos sacude el indio. A cada mula le ha dado un par de sombrerazos de agua y las ha dejado mascar toda la noche las mazorcas raquílicas de los sacos que cargaron. Debemos encontrar a las mujeres hoy, no tenemos sino para dos días de pienso. Casi me entristece que el olor a incendio no se haya intensificado. ¿Dónde estamos?, pregunto. El indio no contesta. Bebo un vaso de agua con pinole y vuelvo a colocar la carga en las mulas; escojo la más fuerte y alta para ensillarla. Monto con mi hija en los brazos; mientras no despierte tendré la posibilidad de apretarla a mi cuerpo y sentir aunque sea por un rato esa plenitud envolvente que fue amamantarla, ser su fuente de leche, su árbol frutal, su amante devorada. El placer absoluto del cuerpo indispensable y a la vez voluntario, lujuria de la maternidad.

Las mujeres están viniendo hacia nosotros, antes de volver a tener hambre deberíamos estar cerca de ellas, dice el indio; si tan sólo supiera qué camino han tomado. Tú jalas las mulas y te acercas: No entiendo cómo puede estar tan tranquilo, dices. Te miro. ¿Crees que mi mujer se ha ido a casa?, preguntas con ansia. ¿Es cierto que no has terminado de pagar el inmueble del Centro de Convenciones? Sí. ¿Y no se lo habías dicho? No tuve ganas. Eso

es una traición, digo. Te callas por un momento, luego espoleas tu palomino flaco y me dices despacio: Mi padre murió poco después de que te fuiste y yo heredé una fortuna: cientos de miles de acciones, Deutsche Bank, Merck, Bayer; el viejo era un zorro de los negocios especuladores. Te miro, tus ojos rojos se han encendido. No sabía que hacer con todo aquello, me entró pánico que la gente me buscara por algo que yo todavía no sabía ser: un hombre rico, continuas; me acerqué a quien no cambió su forma de estar conmigo, ella amaba la facilidad desde que la conocimos, ¿te acuerdas?, y me pegué a ella y planeamos una manera atractiva de ser millonarios de suaves maneras. Te acomodas en la silla del palomino que tus millones no pueden engordar: Hasta que ella empezó a dudar del capital financiero y pidió cosas, agregas. ¿Qué tipo de cosas?, pregunto. Tierra principalmente, y casas; entonces me entró una desesperación terrible por irme y pensé en ti; me acordé que ella en una ocasión me dijo que tú eras mucho más personaje que ella, que yo no tenía nada de heroico porque no me había casado contigo. Es una idiotez. Sí, pero mira donde estoy contigo. Me río. Las mulas atacan una pendiente y nosotros seguimos a un indio en una sierra desconocida entre una bruma parda. Ninguno tiene ya nombre.

El ejército ha sido dispersado por los cerros para que apague el incendio. Muchachos fuertes y de pelo cortísimo se han desparramado por los caminos sin retorno de la bruma y ahora se buscan, atosigados por el fuego que los persigue y acorrala. Por necesidad y por deber abaten sus palas contra las llamas, cortan la tierra quemada y los hierbajos encendidos con los machetes; es siempre una victoria de segundos cuando lo obligan a retroceder, a apagarse en parte. Están asustados porque al enfrentar las llamas se pierden entre sí y lanzan voces: oé. Oé les responde otro de ellos que no saben quién es y se va alejando, se va. El ejército tiene radios, pero ha debido dejar las armas porque balas y fuego no son buenos aliados. Un ejército sin armas es sólo un montón de seres humanos que cree en el escaso poder de su grupo desperdigado, en la costumbre del miedo que ha engendrado en los civiles; está a merced de que alguien se lo reconozca, su poder. Un ejército sin armas es un enlace de órdenes, es una ayuda, una carga, un inútil desplazamiento de gente; es un montón de casi niños, un remanente de prostíbulos, unos ignorantes que siguen obedeciendo.

Las tres mujeres y las seis niñas avanzan una cerca de la otra, empujando las cabras, con las faldas azules, los pañuelos rojos y los collares. No saben

que el ejército las rodea ni reconocen bajo sus pasos el camino que era tan simple de seguir cuando el valle se veía. Del otro lado de la cadena de montañas está mi amante pidiendo a gritos y lágrimas el agua del cielo. De este lado estamos nosotros que nada sabemos de él, con las mulas para cargar a las prófugas del fuego, las tortillas para comer juntos, mi hija para jugar con las más pequeñas. Un asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural también se ha lanzado a la sierra, ha dejado su camioneta a los pies de un cerro, al final del sendero que las mujeres no son capaces de encontrar; de los ranchos nadie ha salido a prevenirlo del peligro, por eso se ha arrojado a los pasos cortos de la falta de visión, buscando sofocar su angustia de no saber qué hacer en la tos que le provoca el humo de incendios invisibles.

El día avanza con el calor. Me enjuago la boca pero no trago el agua, la escupo sobre la ropa de mi hija que cabalga sola y suda, a veces canturrea, otras pregunta, las más se queda callada. La tierra parece hervir. Mi mujer está con otro, dices de repente. Vamos, viejo, que tú sabías pensar en otras cosas, te contesto.

Tu mujer se ha separado del director del hotel, la ciudad alrededor de ellos les ofrece el silencio de las sombras, pasos apresurados, puertas que se cierran. Nadie se llama a voz en cuello, la bruma opaca hasta los sonidos. El hotel parece vacío, algunos clientes no saben volver, otros prefieren buscar su casa más allá de los muros acogedores de la ciudad. Seguramente hay quien, encerrado en su cuarto, duerme la borrachera de la ignorancia. Ella entonces pregunta al hombre elegante que le ha estrujado el pelo durante el abrazo más largo de sus vidas dónde ir a comprar agua. El hombre sube con ella a la camioneta, la guía hasta una plaza comercial, luego se apea y se pierde. Tu mujer no intenta seguirlo, llama a los niños que como todos los días a la entrada del supermercado ofrecen sus servicios de cargadores a cambio de unas monedas y les da una propina y un carrito a cada uno. Garrafones de

agua electropura, botellas de agua mineral, galones de agua de evian, de santa maría, de tehuacán, de topo chico, aguas destiladas, aguas de manantial, agua de colonia, agua de coco, paga todas las aguas con una tarjeta de crédito que olvida recoger de la caja y arranca el auto hacia el rancho.

La recua se pone nerviosa por la cercanía del fuego. Tomo la brida de la mula de mi hija y aprieto las piernas alrededor de la mía. Los seres humanos dominamos a las bestias al tomar decisiones. Es por aquí, dice el indio. El olor del fuego es también aroma de bellotas tostadas, de piñas que revientan. Si las cabras no se les dispersan, las mujeres van a bajar en grupo por ese sendero, dice el indio. Miro a mi alrededor inmediato. Sigamos, ordeno mientras vuelvo a amarrar el pañuelo alrededor de la boca de mi hija. Entonces distingo el hatillo bajar por la pendiente y una niña correr. Por aquí, por aquí, grito. Otro grito, de mujer mayor, responde al mío y una encina en llamas rueda sobre la recua que tú jalas.

Los animales apanicados se lanzan sendero abajo, tus brazos no los retienen y te caes, quedando atrapado por un estribo al caballo que te lleva por el suelo. Desmonto y corro. Salto y me duelen las rodillas, el fuego nos persigue. Tu palomino escuálido tira ceces que por suerte no te alcanzan. Brinco de una piedra a una curva, el caballo me embiste cuando me le paro enfrente, pero logro agarrarme de tu cuerpo y ya pesamos demasiado para que siga arrastrándonos. Te sientes mal, tiembles, pero te levantas, el caballo palpita de miedo y de cansancio; entonces yo corro camino arriba, como loca, desesperada, ya no me importas, sólo está ella, la bebé, mi bebé, la que he dejado sola sobre la mula. No tengo aire, corro, escupo, corro. Y en fin ahí está, con las tres mujeres, con las seis niñas, con el indio que la carga en brazos porque ella llora: ¡mamá, mamá! Se me doblan las rodillas y me vomito del susto.

Encaramamos a las niñas en las bestias que nos quedan, están pálidas y algo mareadas. Los adultos empuñamos una pala cada uno. Las cabras abren el camino. Rápido, rápido, nos atiza el indio. Marchamos veloces rodeando las bestias montadas. El fuego nos llega por todos los lados, cuando esquivamos las ramas encendidas que se nos caen encima, una llamarada nos corta el camino brotando de los túneles y las guaridas escarbados por los topes; cuando golpeamos los hierbajos secos, las copas de los pinos se nos encienden sobre las cabezas.

Las niñas gritan de terror. Beban, les ordeno, y se callan. Sus madres corren alrededor de ellas sin que se les descomponga jamás el pañuelo que llevan enredado en el pelo. Le pegan a las brasas en el suelo, empujan el hato, arrean las mulas y los caballos. Cuando una de ellas cae tú corres a levantarla, cuando tú te caes ellas te dejan en la vereda. A mi hija la rodean los brazos de una niña mayor que le dice despacio: Ahora tu mamá nos saca de aquí, y entorna los ojos negros para divisar algo más que la inmediata concreción del humo.

Dos soldados despuntan por entre los árboles. Miran a las mujeres y al indio y nos miran a nosotros. Deben irse por ahí, y tienden sus brazos hacia un camino en subida. El indio los ignora. ¿Adónde vas?, le increpo. Yo sé, contesta. Las mujeres lo siguen a él y nosotros también. Atrás los soldados gritan, pero no pueden dispararnos. Oímos árboles quebrarse, ramas crepitar y el del radio informar a su comando: Hay campesinos dispersos que no obedecen órdenes, indios y blancos juntos.

Mi amante desabrocha su cincha tejida. Una vuelta, dos, tres de lana roja y los pantalones blancos de manta se le caen al suelo. Se quita despacio la camisa. Respira hondo. Ha leído hace años en los libros de su hermano que en la antigüedad al dios de la lluvia se le sacrificaban voluntarios arrancándoles la piel y revistiendo con ella a un sacerdote viejo o a la efigie del dios. Cierra los ojos. Es demasiado lo que se pide. Madre tierra, envíame una señal.

Está solo. Mira hacia el mar y ya no ve la profundidad de la hondonada; el humo ha cubierto La Mesa del Nayar, los árboles bajos, el camino sagrado; sólo la lluvia devolverá al aire su transparencia, a la tierra su poder. Debo, se dice. Ha tomado una resolución y perdido los recuerdos de la ciudad, las noches alegres de teatro, su capacidad de curar, mi piel bajo sus palmas. Debo es la única palabra que siente. Levanta la mano derecha y con el cuchillo se incide del hombro y alrededor del cuello al otro hombro, abajo de un brazo, arriba del vello púbico, hasta abajo del otro brazo y al hombro nuevamente. Un corte continuado que delata una marca roja de sangre. Luego se perfora el pecho y pasa por los orificios una rama pulida de madera dura. De un lado y otro de la rama anuda un mecate. Debo, siente y no hay nadie alrededor que se lo impida. Ni su maestro, ni doña Ana que no quiso aprender tanto como él

porque tuvo miedo, ni el hombre que cura con las hierbas. El es el venadito al que se habla y al que se cuenta por qué su sangre abona la tierra, venadito maíz que los cazadores buscan, cervato sangre de todos los seres humanos. Él es el elegido, el que se ofrece. Es para ti, madre tierra, para que pidas el agua, para que nos la des, dice fuerte con su clara voz de actor. Camina hasta el tronco de un mezquite y amarra el mecate de una rama. Se deja caer. Un grito, ojalá la muerte, la piel de su pecho que cuelga del árbol sagrado.

Pasan las horas. Sus ojos ya no ven el blanco del Cielo. Del otro lado de la sierra el fuego arrecia, nosotros corremos rodeando unas mulas cargadas de niñas sedientas, soñando con la lluvia, escapando del ejército. Un cuervo se posa sobre su carne viva y siente todavía por un instante el dolo: lacerante de la vida arrancada, luego nada más. Nunca será mío, mi hija no tendrá una hermana.

Tu mujer avanza hacia el noroeste. A cada poste de señalización baja del auto para mirar las indicaciones. No se atreve a preguntar a la gente que por centenas se dirige hacia las carreteras y deambula en la niebla seca con toda la familia, tosiendo, escupiendo, saludándose con los vecinos que reconoce, preguntando adónde van los demás sin poder contestar esa misma pregunta. Tu mujer avanza como ellos con la sola diferencia que ella tiene un destino y eres tú.

Nosotros corremos cuesta abajo. Temo que el palomino pueda desplomarse de un momento a otro como mi yegua amorcillada. Lo montan dos niñas tímidas que no dicen nada. Hemos perdido la mitad de las cabras. De repente vuelve el silencio, el fuego ha quedado atrás y el aire pardusco toma su revancha sobre el humo blanco. Descansemos, dice el indio. Todos nos dejamos caer al suelo. Es sólo después de un larguísimo momento que tú te levantas para ir a mear. Qué pudores serán esos que en la neblina llevan a un hombre a buscar un lugar oscuro para dejar caer su chorro. No te lo preguntas siquiera, pero el ruido es clarísimo: tus riñones están desaguando en agua. Te pones de rodillas y efectivamente, sorpresa absurda, debajo de unos arbustos hay un gran charco claro. Por aquí, por aquí, gritas. Y como si

las mulas entendieran el porqué de tu euforia se ponen en marcha y el palomino trota. Tras las bestias llegamos nosotros. Vemos el agua y nos da hambre. Comemos y nos da sueño. Madre mía, gracias, rezamos acomodándonos sobre las hojas secas. Las mujeres rodean al indio, las niñas se abrazan entre sí y tú y yo nos ceñimos las cinturas como cuando bajo un árbol de verano los grillos cantaban y la hierba era verde.

Tu mujer se retuerce las manos sobre el volante; sabe que es un pensamiento supersticioso, sabe que debe desecharlo pero si no te encuentra en el camino es porque ella tenía razón y yo soy la mujer con la cual en realidad debías casarte. Si no te encuentra antes de que cuente hasta cien; no, es absurdo. ¿Hasta doscientos?, si no te encuentra entonces yo soy tu mujer.

Sigue manejando atenta. Faltan ciento ochenta kilómetros de curvas. Intenta recordar si le había gustado el panorama al llegar al rancho. El caos de cactus y rocas que se sucedían entre montañas de rojos furibundos, la sequía todavía orgullosa sobre valles sin fin y, a lo lejos, las siluetas de los mezquites destacándose contra el cielo indómito. No es posible que todo eso fuera hace tan sólo una semana. Ciento setenta y siete kilómetros. Cuenta otra vez hasta cien. Y una vez más. Tú no apareces, tú estás conmigo. Ciento setenta y cinco kilómetros.

La mujer más joven, con una redonda pancita de embarazo tierno, se despereza y va hacia el charco milagrosamente limpio, manantial perenne, ojo de los cielos y la tierra bienhechores. Lloro profusamente sobre las aguas, las bendice, rompe una pequeña vasija dejándola caer hasta el fondo y finalmente hunde el sombrero del indio en el líquido, se desprende el pañuelo de la cabeza y empieza a lavarse. Yo abro los ojos sobre su perfección morena, piel que brilla en la opacidad. Me acuerdo de un pedazo de jabón que llevo en las alforjas. Pronto las mujeres todas estamos dando gracias al agua. Reímos, nos enjuagamos unas a otras. Agua, madre mía, agua. Mi hija escupe buches a

las niñas que le jalan las trenzas, luego juntas corren desnudas entre los arbustos. Agua del sombrero, que el charco no hay que ensuciarlo. Sombrerazos de agua entre gritos de alegría. Los árboles a nuestro alrededor también se regocijan. Todas podemos recordar los días en que bajábamos al río o abríamos la regadera de la casa; era una fiesta normal como era una melancolía conocida la que experimentábamos al escuchar la lluvia fuera de nuestras ventanas, cuando por mal de amores o por simple juventud las lágrimas se nos figuraban gotas de un cielo al que pertenecíamos por derecho propio. Ninguna pensó jamás que alguna vez el agua se nos iba a transformar en la prueba de que alguien más allá de nosotras nos robó el futuro, quitándonos la fútil esperanza de llegar a mañana sin la protección de una divinidad especial, como la que nos dirigió a este charco bienaventurado. Tú también quieres lavarte; el indio te detiene. Vamos a ver los animales, dice; las mujeres tienen derecho a divertirse.

Y ustedes a estar sin nosotras. El indio acomoda dos sillas en el suelo, se apoya en una y abre un hatillo de hierba que empieza a limpiar. Como todo el que se siente superior, es de pocas palabras. Tu verborrea de filósofo joven, de economista maduro, de empresario cansado se deshace frente al pitillo de marihuana que te tiende. Fumas, te sientes bien, te da risa. Él también ríe contigo y las palabras siempre tan escuetas en su boca nacida en otro idioma, tan celosas de sus secretos, fluyen. Ya no parecemos personas, dice; somos como almas y para volver estoy seguro que debemos patear las piedras para que nos oigan llegar; no, ya no estamos en el mundo, caminamos sin vista, tenemos regalos y castigos, pero nada se parece a lo que conocimos. Aspira el cigarro a fondo. O a lo mejor regresamos al mundo de hace mucho tiempo, de antes que el niño se sacrificara para que existiese el sol. Tú no entiendes, pero igualmente dices: o nosotros hemos llegado al futuro y éste no tiene nada que ver con lo que nos prometieron que sería. El indio te mira atentamente, por

primera vez están juntos como los hombres, sin mujeres, con tiempo. ¿No tienes miedo de regresar conmigo?, te pregunta después de un rato. No, contestas. Entonces no eres un alma, se ríe. Sacuden las cabezas al mismo tiempo; se sienten realmente bien.

Un burro atraviesa la carretera detrás de una curva. Tu mujer frena con los dos pies y la camioneta se clava en el asfalto, lanzando su cuerpo contra el volante. Abre la portezuela, puede caminar y respira aunque le duelan las costillas. Los garrafones de agua han rodado por el auto sin derramarse. Cuando el burro termina de cruzar lentamente frente a ella, la mira con desdén. Tu mujer siente un enorme deseo de tocarte, tiembla; vuelve a subir al auto y sólo después de muchos kilómetros se da cuenta de que está enteramente empapada en lágrimas.

El asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural avanza por el sendero que sube hacia la sierra; sus programas no han sido tomados en cuenta jamás. Es cierto que es un hombre honesto, pero también un flojo, nunca ha peleado para que los recursos lleguen a tiempo a los campesinos. Mientras camina no puede dejar de pensar en sí mismo, en la pobre medida que es del mundo. Sus ojos están rojos de ira, de llanto y se parecen a los de cualquiera, rojos de humo y miedo. Sabe de por lo menos 175 víctimas de la sequía, niños y ancianos, no sólo el 70 por ciento del hato vacuno del estado. Y también que la extracción de agua de las cuencas de los valles ha provocado cambios en la composición de los suelos, que los árboles talados no pueden retener la poca humedad que queda en superficie y que no será fácil que los bosques quemados se regeneren.

Nosotros hemos vuelto a bajar; los caminos se bifurcan, abriéndose en todas las direcciones. Una de las niñas pequeñas vomita y tiene fiebre, por ratos hay que sostenerla en la silla del palomino. Dice cosas extrañas y la madre se preocupa porque en la bruma pueden esconderse muchos enemigos, animales agoreros, aires malos. Te pone nervioso la constante referencia a lo sobrenatural y dices con cierto enfado que son los efectos del

humo, que las niñas deberían ir todas con la boca cubierta. El indio cree que ayudaría, no obstante teme que alguien haya raptado el alma de la chiquilla; y yo no lo dudo, en estas condiciones somos capaces hasta de envidiarnos los unos a los otros, amándonos. La tranquilidad de la poza ha sido olvidada desde que volvimos a desplazarnos en la pesadez del aire. Mi hija es apenas más chica que la niña enferma; me descubro mirando hacia ella, temerosa de que se le manifiesten los primeros síntomas de envenenamiento.

Los gritos de los soldados nos alcanzan a veces. De lejos resuenan amenazantes, vivimos bajo una densa capa de humo que apenas esconde que por decenios han robado mujeres y han detenido a los indios que volvían a sus comunidades después de las peregrinaciones. Aun sin armas, el ejército es un montón de posibles violadores, una marabunta de victimarios. Menos la chiquita enferma que meneaba la cabeza abandonada al trote del caballo, las niñas dan vuelta sus caritas cuando oyen que un cabo grita a un soldado o que dos o tres de ellos están perdidos y se llaman. Un movimiento que habla de miedo y de valor; son jóvenes y ya saben que la agresión puede presentárseles bajo las formas de un hombre vestido de verde, poco importa que todavía no tengan edad para marido. En su pueblo serán modestas mujeres que escogerán a sus hombres o serán abandonadas o los abandonarán, siempre sin dejar de moler maíz, sin dirigir jamás los ritos, opinando sin embargo. Fuera de su gente son presas. Entonces les brotan ganas de matar y miedo de que la violencia que sólo se manifestaría en ellas al ser violadas sea la excusa para que los violadores eliminen a su gente, sea la demostración que buscan para declarar su estado de brutalidad. Persona y grupo, individuo y comunidad; es fácil decir que en la sierra el sentimiento colectivo es más fuerte que el individual, se olvida que la violencia sexual se vive cuerpo por cuerpo, aunque el cuerpo de una sea el cuerpo de todas, aunque el cuerpo de una sea menos importante que la vida de todos.

Quiero que vayas al frente con el indio, te digo. Me pasas un brazo alrededor del hombro, tú también has percibido su temor. ¿Es por esto que pidió que lo acompañaran dos hombres? Sí, contesto. Te alejas de mí y levanto la pala en ristre: antes de que toquen a las niñas deberán pasar sobre mi cadáver. Las demás mujeres se acercan a la caballada con la misma actitud.

Mientras, el asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural solloza cargando todas las culpas: él ha enrarecido el aire, él ha deteriorado el suelo, él ha contaminado el agua. Dios mío, reza su corazón de católico ferviente del norte, Dios mío, la desidia es un pecado capital. Sabe que los agroquímicos han afectado por años el crecimiento del tejido conjuntivo de las personas; ten piedad de la gente. Señor, no de mí; que los fumigantes pueden causar edema en la laringe y espasmo bronquial, Cristo ten piedad. Ha denunciado en varias ocasiones, hoja tras hoja membretada, los peligros del uso de los insecticidas inhibidores de la colinesterasa, porque a su oficina llegaban reportes de diez casos diarios de envenenamiento por ellos: respuestas de oficio y no esta angustiada necesidad de saber qué hacer ahora que el desastre ya no es palabras de ecólogos, ahora que la sierra se quema, la tierra se quiebra, los estanques se secan; qué hacer ahora cuando verá las caras de los indios que desde hace décadas le han reclamado su derecho a recibir subsidios sin tener que usar los pesticidas ya comprados por los bancos de desarrollo rural.

El asesor llora y sin saberlo se precipita hacia nosotros que bajamos buscando a grandes pasos el valle de los catorce ranchos. El recoge las hojas de las encinas atacadas por bichos resistentes al paraquat, nosotros tenemos las orejas paradas para escuchar el avance de enemigos que no son tales, sino que la violencia de la tos de las niñas, sus miradas de miedo, la irritación en la piel de mi hija, la decoloración de las uñas de la mujer embarazada, mi

conjuntivitis, la costumbre de los mestizos de considerarse superiores, han convertido en tales.

Tú estás cerca del indio; eres alto, delgado por exceso de gimnasio, ateo y enamorado, y yo te miro reconociendo a mi amigo, a mi igual, en el desconocido que llegó a mi casa después de dieciséis años y en menos de una semana vive la vida de la sierra con una intensidad y un extrañamiento absolutos, en el desconocido que conozco desde mi primera juventud y que tose conmigo los humos de los fumigantes. Participas de las acciones de las industrias que los producen, pero el fuego los quema junto con los árboles, el viento los levanta junto con la tierra. Quisiera acercarme a ti y hablarte sin rabia, sin ganas de herirnos con los recuerdos y la falta de futuro, pero tu lugar es al lado del indio y el mío al lado de las niñas, los dos tosiendo, los trece decididos a sobrevivir.

El asesor de la Secretaria de Desarrollo Rural se aparece en un recodo, detrás de una encina. Es un pobre diablo que llora, que recuerda en cada hoja muerta el cáncer de su esposa, en los permisos de cultivar en terrenos vulnerables la violencia que sufrió su hija de diecisiete años la primera vez que se enamoró, y en las herramientas que destrozan el suelo y que vendió para aumentar su cuenta -lo legal, sólo la comisión, él no es un corrupto-, en esas herramientas reconoce su desamparo, la inutilidad de su vida.

Tú no tienes la certeza de que el bulto que avanza a trompicones sea un soldado, pero es un hombre como tú, macho de una especie peligrosa; en él quieres lavar tus culpas, en él olvidar que las acciones que no tienen rostro como el dinero, tienen responsabilidades como las fábricas. Entonces te abalanzas sobre el asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural gritando que no toque a las niñas; el asesor no reacciona, el indio no entiende el porqué pero prevé que le romperás la cara. No lo toques, te ordena. Tú sacudes al asesor con furia. El indio te frena de un rechazazo en la mandíbula. Entonces saltas

como un alacrán, la lengua levantada como la cola: ¿Quién te da permiso de tocarme?, gritas. ¿Por qué nunca obedeces?, grita el indio. Ustedes dos se lán a golpes como los dos titanes que son, mientras el asesor los mira alelado. Las mujeres se apoyan en los animales, yo me acerco a la mula de mi hija y acaricio su piernita firmemente incorporada a la silla de montar. Seguimos tosiendo y la niña del palomino vomitando, pero nos concedemos el gusto de verlos pelear. Hombres: nuestro espectáculo.

Finalmente tú y el indio se destrenzan y le permiten al asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural presentarse. El humo se ha compactado, la visibilidad disminuye y las niñas apenas se divisan sobre sus monturas, pálidas del color cinéreo de las enfermedades. El asesor saca de sus alforjas un frasco de vitaminas y lo reparte. Mira con particular interés a la pequeña del palomino. Está mal, dice. Nos confirma algo que sabemos, nos asusta. Somos trece personas alrededor de una enferma, ella es nuestro símbolo, el motivo por el cual darnos prisa; las otras niñas, mi hija y aun los adultos también estamos tocados. El asesor no nos da esperanzas. Balbucea, desconoce qué idioma utilizar, qué conocimientos manejar para darnos a entender la gravedad de la situación; y de repente, como si se le fuera la vida con cada palabra, vomita una avalancha de acusaciones: que el gobierno es responsable, que tenía que haber previsto esto, que tuvo que avisarnos, que. Estalla en lágrimas. Algo de muy adentro me empuja, voy hacia él y lo abrazo. Pronto volvemos a caminar rumbo a lo que suponemos es el valle; el asesor se apoya en mí, que lo llevo casi a rastras.

Doña Ana sabe que a mi amante lo atraen los caminos sagrados. Desde el mediodía ha salido a buscarlo, llama fuerte en el viento quieto de la bruma al fuereño que hospeda en su rancho y a quien cuenta sus historias de vieja. Ha sentido algo, un desprendimiento doloroso de su piel, de su ser, cuando de repente él se le ha hecho presente en la bruma que invade el patio. Doña Ana va hacia la casa del maestro, luego busca al hierbero. El maestro le dice que un hombre como mi amante merece ser parte de la comunidad y doña Ana quiere decírselo antes que cometa un disparate para ser aceptado. No ve hacia donde avanza, pero se deja guiar por la costumbre. Tiene pavor a este conocimiento sin tiempo y sin vista, es de lo que se ha alejado cuando abandonó las enseñanzas del maestro. Los secretos de la curación del alma son demasiado peligrosos. Para discernir la verdad de la mentira, el bien del mal, hay que comprometerse y el compromiso es celoso. Doña Ana ama a su marido, a sus hijas y a sus nietos, su amor no debe peligrar; así que sólo a mi amante le cuenta el significado de los colores, el porqué carga morral, qué es el regreso necesario a la tierra de los ancestros, al camino pisado por los que nos precedieron. Y él a cambio le habla de mí, una mujer sin raíces.

Doña Ana no intenta averiguar en la niebla cuál es el camino para llegar a La Mesa del Nayar. Cierra los ojos, respira hondo y pide a las fuerzas de la tierra y del aire que la lleven con su compañero de aprendizaje. Tropieza, sus piernas de vieja le duelen, tiene miedo de lo que hace pero una vez iniciada la travesía no hay forma de evitar los celos de la sabiduría antigua; sólo por mi amante los ha auscultado. Mientras tu mujer llora y baja a cada bifurcación para reconocer aunque sea un indicio para tomar la senda del rancho, doña Ana no abre los ojos, avanza. Mientras tu mujer finalmente reconoce el puentecillo de varas azules que permitía cruzar el descenso de las aguas de la ciénaga hacia los potreros y ahora se yergue como un monumento del pasado a la entrada de la vereda de los catorce ranchos, doña Ana embroca la piedra lisa del camino que desde hace milenios los coras recorren y esgrafían con sus visiones, sus temores, sus deseos, secretos que son arte y vida.

La noche nos sorprende a todos así, nuevamente desprevenidos e incapaces de adivinar el ciclo del día. Hemos perdido la capacidad de saber si tenemos hambre, mientras padecemos el sueño todo el día, una languidez en las piernas, un sopor en los párpados que sólo la voluntad despereza a medias. Nos dejamos caer al lado del sendero, en un punto que no sabemos cuál es, en la noche que sólo oscurece la falta de visibilidad constante. El indio no se acuerda de prender el fuego, ni las mujeres cocinan. Mordisqueamos tortillas secas. Los animales se mueven apenas y tú no los desensillas. Yo abrazo a mi hija que tose y se lamenta: me siento mal, mamá; esta vez mamá no tiene respuesta. El asesor llora así como tu mujer llora abrazada al volante de la camioneta, y piensa en ti y piensa en su gesto idéntico tan sólo poco antes de saber que no tendría aviones, que no tendría regreso a la vida de todos sus días. Piensa en ti y piensa en el director del hotel, piensa en su necesidad de un abrazo y destapa una botella de agua, llora sobre el agua que bebe, llora sobre su desconsuelo. Yo me arrastro por las hojas y la tierra secas hasta

encontrarte. ¿Qué le pasa a mi hija?, sollozo. Tú sabes que debes abrazarme sin proferir palabras, que ya no las tenemos. Entonces el asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural se suena los mocos. No hay medicina para esto, dice; pero las vitaminas antioxidantes son buenas y el agua. Se reprime una risita histérica: deberíamos beber mucho y bañarnos.

Agua, doña Ana sigue el rastro del deseo del agua. Con los ojos cerrados no se percata de la bajada de la noche, solo siente la piedra lisa bajo sus pies y el deseo expresado por mi amante, el deseo de agua para todos. Poco a poco empieza a musitar algo que no recuerda cuándo ha aprendido y es rítmico como los pasos, como la voz de los maestros. No le da miedo descubrir que puede cantar, que es una cantadora. Tu mujer en la camioneta introduce el compacto de Sergei Rachmaninoff tocando su propia música al piano, la violenta y armónica percepción de la guerra. Las notas la rodean como gotas de lluvia, pausas entre el silencio y el silencio de su corazón. Nosotros no cantamos, el llanto de las niñas nos lo impide.

Los soldados sin los sonidos de su conducta diaria se pierden cada vez más en el fuego; se extravían en la noche, en la falta de órdenes, de trompetas, de tambores. Intentan cantar y no pueden emitir el ridículo berrido de sus canciones de marcha. Los soldados a cada instante se sienten más solos. La noche los engulle, vencidos e imberbes, transformándolos en fantasmas de la tierra sin descanso.

Lo poco que había de comer en el rancho, doña Ana lo ha dejado a sus familiares, ella espera encontrar a mi amante para compartir sus tortillas secas. El río hace tiempo que no lleva langostinos ni peces porque los fumigadores lavan en él los tanques de los pesticidas, luego se bañan y llaman a los niños para que jueguen en las aguas que siguen pareciendo limpias. De las ramas de los guamúchiles, las vainas rosas y dulces han sido enteramente cosechadas. Ha recogido en las cañadas el escasísimo amaranto que la tierra ha podido darle y también las pocas calabazas del huerto, y los ha dejado en casa para que nadie sufra por el hambre que se aproxima.

El agua la salvará, los salvará a todos, el agua. Canta, no deja de repetir las palabras de los amigos cuando se encuentran, del sol y la luna a mediados del mes, las palabras de los antiguos. Su canto es una vara en las manos de un ciego, por él no tropieza ni se para, por su ritmo sabe que algo grave ha pasado. El viento no le lleva las voces de los soldados, están todos del otro lado de la sierra, apagando el fuego. Volverán, ella lo sabe; pero será después.

Abre los ojos y no ve nada. Por un instante tiene miedo. Recuerda que en un canto sagrado una mujer atacada por la noche pudo defenderse con la luz de las estrellas, sus hermanas. El cielo no tiene la menor luminosidad, es

oscuramente monótono. Se agacha y tantea con las manos para encontrar una piedra con que defenderse de los animales. Luego se arrastra en busca de cobijo. Cuando halla la carroña que los cuervos devoran graznando, siente asco. Retrocede y tropieza con un hueso largo, una pierna. Grita. Se levanta y hunde su rostro en la piel colgada de mi amante.

La mañana se extiende blanca sobre doña Ana que reza con una mano en el cráneo y la otra sobre el hígado de su antiguo compañero de aprendizaje. No debías, no te tocaba, le ha dicho al principio al cadáver; luego ha agradecido a la tierra por haber recibido su sacrificio, ha bendecido el árbol, y se ha quedado sosteniendo el enlace entre los vivos y los dioses, la cabeza sol y el hígado amor, para que el caos de la falta de agua, de la bruma y la muerte del maíz se ordene con la fértil muerte de un hombre joven. Al percibir la luz tras la bruma, doña Ana se preocupa por su pueblo. Amigo mío, dice al cuerpo que abraza y la tiñe de suero sanguinolento; amigo mío, le pide perdón, no deben verte los soldados, tu sacrificio puede ser nuestra ruina. Lo esconde bajo unas piedras y desanda su camino. Con una rama traza en el polvo una espiral para reencontrar el árbol tumba, el árbol del sacrificio, la madre mezquite.

El maestro espera a doña Ana en el corral detrás de su casa; el hombre que cura con las hierbas, tres viejas y un joven sobrino del maestro los alcanzan ahí como si una campana los hubiese congregado. El sacrificio humano es la forma más importante de morir, es la renovación, es el agua; si un hombre se sacrifica la tierra es bendecida, si lo hace para otros, los demás deben participar de su fuerza, enseña el maestro. Pero si lo descubren, dice el hierbero, nunca creerán que no lo hayamos matado. Arrasarán el pueblo, lo secunda una vieja; ya sabes cómo son los soldados. El maestro escucha, doña Ana sacude la cabeza. Saben que el ejército y la policía han ido a tirar cadáveres de ajusticiados en sus tierras para luego echarles la culpa; además

saben que esconder la muerte de un no indio puede desatar encarcelamientos, amenazas, quizás la muerte de algún comunero. La impunidad con que actúan las autoridades y el exceso de responsabilidades que se les imputa siempre han educado a los indios en el miedo. Por eso callan. Un sacrificio humano implica la posibilidad de que lleguemos a hablar con los antepasados, dice de repente doña Ana y todos se quedan mirándola. ¿Sabes qué significa para ti recordárnoslo?, le pregunta el maestro. Sí, contesta: el exilio ritual.

Hombres y mujeres cargan agua limpia y pinole en siete pequeñas ollas, van cantando camino al árbol. Luego doña Ana limpia los huesos de las carnes dejadas por los cuervos, entierra bajo el mezquite el cráneo, el corazón y el hígado de mi amante y enciende un gran fuego, hermano del sol, abuelo de los hombres. Quema en la gran pira los huesos; cuando los retira del fuego, los muele en el mortero que ha traído de la casa del maestro y ofrece a cada uno de sus compañeros un vaso de agua para que beban el asiento de la vida, las cenizas del sacrificado. Son siglos que nadie lo hacía, dice el maestro. Pero no lo olvidamos, dice el hombre que cura con las hierbas. Nos asegurará larga vida, sin enfermedades, dice el joven sobrino. Doña Ana se levanta, dispersa las cenizas restantes al este, al oeste, al sur, al norte y se inclina al centro; luego dice: Debo irme. Sus acompañantes saben que ella tiene el poder de encontrar a los muertos, no puede quedarse. Sólo volveré cuando me haya limpiado en el agua que él fue a pedir por nosotros. Sus acompañantes la escuchan. Digan a mi marido que entonces regresaré a su casa. Las mujeres y los hombres le dan la espalda y el maestro empieza a cantar. La esperanza de que el sol vuelva a brillar empieza a abrirse paso en ellos.

Despierto. El silencio es insoportable, la bruma se ha tragado los cantos de los pájaros, el rodar de las piedras. Nada, no hay absolutamente nada que pueda darme la ilusión de estar viva. De repente tengo un sobresalto y apoyo mi oreja en el pecho de mi hija. La niña respira; levanto los ojos, todos mis compañeros respiran todavía. Sin embargo, parece que nadie tenga la fuerza de despertar. Me incorporo, voy hacia las bestias y me turba el ruido de mis pies sobre la tierra seca. No es una repentina absorción de las ondas sonoras lo que provoca el silencio, es la ausencia de la vida. En el bosque milenario, la falta de viento delata la desaparición de las especies que lo habitaban. No escucho ni nuestras mulas que no tienen que pastar y no se mueven, manteniendo la mirada perdida en la bruma que les fastidia la respiración. Reviso nuestras provisiones, el agua se está acabando y la comida nada tiene que ver con las vitaminas que el asesor recomienda ingerir. Una docena de tortillas y poquísima carne seca, cuando mucho unas tiras para las niñas. No, me corrige el indio: tú y yo vamos a comer, pronto tendremos que cargar a las chiquitas, las bestias se están muriendo. Una vez más me ha tomado de sorpresa, silencioso en el silencio y capaz de leer en mi pensamiento. Levanto los ojos como mi madre hacia el altar, le pido lo imposible: ¿Vamos a llegar

hoy? Sólo llegaremos si la tierra todavía quiere que vivamos, me contesta. Ah, dices tú que nos escuchas en la bruma.

Echamos a andar porque da miedo quedarse sin hacer nada, pero en realidad no sabemos si vamos en la justa dirección o exactamente hacia el otro lado. El asesor tiene una brújula aunque no sabemos hacia dónde dirigirnos, así como tiene vitaminas que por las gargantas inflamadas de las niñas no pasan sin el agua que el indio ha decidido racionar. Entonces escuchamos claramente una voz de hombre: Ésta quiere hijo de soldado, dice entre risotadas. Y de la niebla salen dos muchachos con ganas de botín dibujadas en el rostro. La niña mayor sobre la que han caído sus miradas se ha paralizado en la mula. Todas las mujeres nos tensamos. Tú y el indio andan atrás. No hay tiempo para que sus figuras de hombre sosieguen el menosprecio que los soldados sienten por nosotras todas. Me interpongo; por un momento me miran incrédulos, luego sólo la voz del asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural los vuelve a frenar. Uno de los soldados dice al otro que es mejor que se vayan, que el asesor es un representante del estado. Y el otro: ¿Estás pendejo?, no están armados. Nosotros tampoco, le recuerda el primero.

Llegan más uniformados, y también tú y el indio, como si todos los habitantes del bosque en llamas se dispusieran en una cancha. ¿Por dónde se baja al valle?, pregunta en tono el penoso el asesor. Es una voz acostumbrada a que le obedezcan, ahora truenan para volver al orden. Estamos en estado de alerta general, se burla entonces el cabo. Todos los soldados se ríen. Los civiles deben obedecer nuestras órdenes ríen más y uno se lanza sobre la mula agotada que carga a la niña mayor. No pienso, me, ofuscan la impunidad, las ganas de defenderla, la indignación. Dejo caer mi pala con fuerza y oigo el crujido de los huesos del muchacho de pelo corto. Le ha roto el cráneo, afirma

incrédulo otro soldado. La sangre del hombre gotea sobre mi rostro cuando vuelvo a levantar la pala, dispuesta a pegar otra vez.

El silencio es nuevamente total. El que ataque primero deberá matar para no morir. Sudo la última humedad de mi cuerpo. Dios mío, he matado, asierta mi conciencia, pero sigo con la pala en alto. El movimiento es imperceptible, las mujeres aprietan sus manos sobre los mangos de las palas que se levantan, el asesor se desliza hacia el frente, tú y el indio endurecen los músculos. Los soldados repentinamente se percatan de su desnudez, en el suelo el golpeado gime, el cabo hace un gesto con la mano pidiendo calma. En ese instante un estallido impresionante llega de debajo de nosotros, a la derecha. Los soldados desaparecen abandonando a su compañero y nos quedamos jadeantes, mirándonos unos a los otros, mi hija sin voz, la tos de las niñas en suspenso.

Tu mujer se estremece; una bomba, piensa y enciende el motor de la camioneta. Cuando las piedras de la entrada a los ranchos se deslizan bajo sus llantas, las casas están vacías. Llama a la nana por los cuartos empolvados, sale a los potreros donde los animales que todavía resisten no se inmutan al verla pasar, tropieza con el azadón. Tengo agua, grita. Corre nuevamente hacia la camioneta, toca el claxon. De los catorce ranchos no sube ni el canto de un gallo. No pueden haberse ido, solloza tu mujer. Se mete en los patios, salta las cercas y busca cómo entrar en las cocinas; los perros no ladran y nadie la recibe. Sólo falta la casa grande, la fortaleza de piedras sobrepuestas que la impresionó cuando llegó por vez primera y de la cual la nana cuenta que de noche salen pasos penitentes.

El tañer de una campana aguda le provoca un sobresalto, viene de la misma casa grande. En la entrada reconoce una capilla, don Pedro en el centro dirige el rosario. Ave María dadora de las aguas, dice; santa María madre de dios, le contestan. Tu mujer se acurruca en el último asiento y reza

con la misma absoluta determinación con que una de las mujeres me quita la pala de las manos. El indio cruza sobre la silla de una mula al soldado herido; corramos, dice el asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural, tomando en brazos a mi hija. Hay una agitación febril entre ellos, mientras yo no sé a quién pedirle perdón porque he matado, yo que me subo al auto invocando que a nadie le haga daño por error, yo que nunca quise tener un arma en casa para no usarla, yo que prefiero que me maten a agredir. Corramos, me abrazas tú: el fuego ha alcanzado el auto del asesor, eso fue la bomba que escuchamos. No me muevo. Ya sabemos hacia dónde ir, agregas: lo había dejado al final de la trocha que sale de los catorce ranchos. Ave María, madre piadosísima, reza tu mujer. He matado, digo yo estática, incapaz de dar un paso. El indio me sacude de los hombros. No es cierto, está vivo, dice y dirige la mirada hacia el bulto humano que ha cargado en la mula. Es como si lo hubiera hecho, para mí lo he matado, la voz me sale delgada, a punto de romperse como un cordón deshilachado. Santa María, ten piedad en la hora de nuestra muerte, reza don Pedro.

María de los Dolores, devuélvemelo, le hace eco tu mujer en la capilla de la casa grande. Tú no sabes que ahí está, pero ya has empezado a andar hacia ella con las mujeres y las niñas. El indio me mira antes de echarse a correr para alcanzar el grupo: date prisa, me ordena, tu hija necesita descansar en su casa. Es un verdadero guía, cada uno de nosotros le importa, pero jamás como el conjunto. Sabe que debe recordarme mi deber para con otra persona, mi hija, una niña como aquella que acabo de defender y además mía, mi responsabilidad. Y sin embargo no logro salir de mi asombro. El calor crece, todos se han ido y las llamas están sobre de mí. El infierno de los asesinos me ha alcanzado.

Lo volvería a hacer, sollozo cuando los brazos del asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural me ciñen los hombros y me arrastran poco a poco camino

abajo. Está bien, dice; llora, pequeña. Y yo, que debía cargar a las niñas cuando se cayeran las bestias, me dejó llevar por un hombre que me habla como a una niña. Todos fuimos testigos, sigue diciendo: fue legítima defensa. Sacudo la cabeza: no es cierto. Me vuelve a la memoria mi padre, sus nervios sin sentido, sus golpes. No es cierto, vuelvo a desmentirlo. Sí, pequeña, dice el asesor mientras me jala hacia los demás, lo hiciste para que ninguna tuviera que temer. Hipo: Lo hice por miedo, nada más. Sí, pequeña. Ya corremos cuesta abajo, enlazados. Mataría a cualquiera que amenace a una niña, confieso. Muy bien, pequeña, ojalá me hubieras matado a mí antes de que yo le pegara a mi hija cuando se enamoró de un narcotraficante.

Doña Ana lleva el espíritu de mi amante cerca de sí. Ha caminado un buen trecho antes de encontrar en la penumbra blanca del humo una de esas enramadas que el ejército levantaba cuando la sequía todavía no había prendido los incendios. Está cansada, pero necesita entender la muerte de un mestizo que al sacrificarse se ha vuelto su antepasado ritual. Debe encontrar en el pensamiento las palabras con que alabarlo cuando vuelva a la comunidad. Recita los atributos del muerto, retuerce entre sus manos la cinta roja con la que él se ceñía el vientre y lo llama con cien nombres de madre triste. No pasa nada. Reza con fuerza los conjuros y recuerda que la noche y el día, la lluvia y la sequía, las mujeres y los hombres, se necesitan uno a otro y no pueden usurpar el equilibrio que los vivos necesitan. El mundo a su alrededor se difumina, poco a poco entra en el estado de aquella que sabe; nadie puede tocarla.

Doña Ana ve. No con los ojos, ve con el corazón. Aun así es difícil entender. Doña Ana ve unos caballos que corren en la niebla rodeados de hombres y mujeres, indios y blancos. Ve a una mula manchada de sangre. Por encima de ellos, ve el viento caliente alejarse de la sierra; es blanco el viento y no aúlla.

Luego se le hace la luz en la cabeza y pasan las horas. Nuevamente, se ve a sí misma afirmando que han cambiado, pero que sus innovaciones entrañan su estilo de vida. ¿Es bueno, es malo, el cambio? No debe pensar, no debe opacar la luz.

Cuatro días de ayuno, cinco noches de cantos. La luz va y viene. Las visiones hace tiempo que se han difuminado, pero doña Ana todavía no sabe qué ha visto, no entiende. Mi amante le decía: El desierto avanza donde los hombres acaban con la diversidad. Y el hierbero: Cuídate de creer que el desierto sea vacío, el desierto es lugar de equilibrios. Luego el maestro: Cuando el equilibrio es frágil, mantenerlo es más necesario. Doña Ana piensa que si sólo hay un modo de ser no hay equilibrio, que uno solo es el caos, el equilibrio se da entre varios. Pero no entiende: ¿a qué vienen estos pensamientos? Intenta cantar. El pensamiento no se aleja, la luz no vuelve. Recuerda a mi amante en el atrio de la iglesia cuando explicaba a los ancianos: El estado debe promover las innovaciones y las prácticas de las comunidades indígenas que entrañen estilos tradicionales de vida pertinentes para la conservación y la utilización sostenible de la diversidad biológica. ¿Qué quieres decir?, preguntó el maestro. Que si tú posees los conocimientos para mantener la vida, debes ser respetado como un científico, contesta ahora doña Ana en lugar de mi amante. Y se ve, se ve a sí misma entre los ancianos y las ancianas en el atrio de la iglesia: Necesitan consultar con nosotros, necesitan darnos tiempo, los gobiernos tampoco saben qué le han hecho a la madre tierra. Su cuerpo cede, las visiones vuelven, una tras otra, como imágenes de televisión, incendios y hambrunas e inundaciones. Luego la luz, la nada del sueño. Doña Ana duerme.

La noche cumple su deber. Si la necesidad ha llevado a doña Ana a la enramada del ejército, a los pies de la montaña, el descanso le otorga un

guamúchil rosa, floreado y, al fin, la visión de una primavera. La mañana después de su sueño doña Ana despierta extrañada. El agua no cae, la niebla no se disipa, el viento no aúlla, sin embargo se siente bien. Tiene hambre, síntoma de vida. Sólo le falta un signo para volver a casa.

Cuando empieza a llover me sacude un llanto histérico. El agua baja del cielo sucia, corrosiva y sin embargo amada. Las mulas se han detenido. Los gritos de euforia de las niñas, tuyos, del indio y las mujeres alcanzan la cima de las montañas y un gris bendito saca del horizonte a la bruma seca. Quizás no sea cierto, pero juramos que nos sentimos mejor. La visibilidad es la de cualquier triste tarde de tormenta, casi nula pero conocida. El asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural se ríe, me abraza y de repente nos besamos. Siento algo incierto, tal vez deseo; una húmeda sensación de vida recorre mi entrepierna cuando nuestras lenguas se entrelazan y las bocas amargas se bañan.

He matado, digo yo y el asesor me calla con su boca en la mía, con sus manos que aprietan mis hombros, con su cuerpo contra el mío. ¿Puede la vida ser tan absolutamente fiel sólo a sí misma? La vida: deseo y consuelo. Ya no pienso en el soldado, sólo siento mi cansancio abandonarme al abrazo del asesor.

Luego corremos agarrados de la mano, no podemos perdernos. Nos reunimos con ustedes para mirarnos sonreír. Las niñas dejan de toser, las mulas se sacuden, el soldado gime, abre los ojos. Lo miro y bendigo al cielo.

Mi hija se lanza a mis brazos, bailamos una ronda. Tú dices: Lo logramos, como si el agua la hubiéramos construido nosotros, gota a gota, una parte de oxígeno por dos de hidrógeno. No importa, digamos tonterías por favor, digamos algo con nuestras caras bobamente sonrientes mientras la lluvia nos las moja como lágrimas. A dios gracias, dice una mujer. Y el indio: De aquí a los ranchos faltan tres horas. Pienso en la cocina de la nana, en las camas tendidas, en las botellas de vino: hoy es día para tirar la casa por la ventana. Comeremos, dormiremos, curaremos al soldado. Todo, todo nos está permitido por la lluvia.

En ese preciso instante, la niña enferma vomita una flema espesa y cae de su mula. Tú y la madre se arrodillan para levantarla, luego la madre lanza el grito que resonará para siempre en nuestras memorias. La niña ha muerto. A lo lejos se escucha la campana aguda de la capilla de la casa grande.

Del otro lado de la sierra, doña Ana siente un hueco nuevo abrírsele en el pecho. Alguien más ha muerto, se dice, pero no deja de caminar, no puede hacerse cargo de todos, ella también quiere el agua que baja de los cielos y la devuelve a los suyos. Se estremece, la lluvia la empapa, y a pesar de que está segura -es una niña, es una india- no puede dejar de sentirse feliz. Madre tierra, qué precio tan alto exiges, regaña y agradece a la vez.

Aprieto a mi hija contra el cuerpo como si pudiera volver a meterla en mí. ¿Cómo protegerte, amor, corazón que late para que el mío pulse, alucinado deseo de no sobrevivirte jamás? El indio ha bajado al soldado de la mula, lo acuesta cuidadosamente sobre una frazada. Sabe que nos detendremos, los ritos tienen sus tiempos aunque a las niñas se les llora poco; los tributos de valor son para los muertos ancianos. La madre está lívida y las otras mujeres se aprestan a cantar con ella: Palomita, florecita de la mañana, quien te ha llevado a la muerte te acompañará en el camino de los espíritus que indagan el retomo; aunque en tu búsqueda de paz lo perdones, deberá servirte. Las

miramos. El indio se les une. Tú y yo hacemos tiras de una camisa blanca limpia que llevabas entre tus cosas. Las mujeres envuelven a la niña, la madre sigue llorando. Nos sentamos alrededor del cuerpecito amortajado. La niña está cerca, su muerte nos ronda. Las demás mujeres y el indio han dejado de lamentarse, acompasados acompañan a la pequeña y sobre todo a la madre: su deber es evitar que quien sufre se deje llevar por el dolor. Tú te acercas a mí, el asesor se aleja: púdica expresión de su masculinidad.

Irrumpiré en las juntas generales de accionistas y seré la piedra en el zapato de quienes negocian con productos antiecológicos y armamentos, juras sobre el cadáver de la niña; incluso los inversionistas están obligados a respetar por ley mis acciones, les exigiré mayor respeto a los derechos de las generaciones futuras. Lloras. Lloro. Las niñas también lloran. Sin embargo, repentinamente me molesta tu ingenuidad. ¿O tu seguridad? Me percató que siempre has estado en otra parte. Piensas que la muerte es un asunto de la pobre vida de esta sierra y que al volver a casa te reencontrarás con los ritmos de tus costumbres, intactos. Para ti Berlín, Roma, Nueva York existen todavía, con sus bolsas de valores, con sus trajes sastre. Nosotros somos tu aventura, quizá tu despertar, pero no tu futuro. Nos debes una venganza como los soldados le rinden honor a la memoria de los caídos.

Enterramos a la pequeña; cada uno de nosotros deposita una pesada piedra sobre el montón de tierra removida. Es la manera de impedir que los coyotes y los perros profanen el cuerpecito que empieza a descomponerse. Mi hija lleva la suya, mientras la madre de la víctima sacude la cabeza. Hemos visto la rapidez con que la muerte hizo estragos de sus restos: brujería. La brujería de la contaminación, responde el asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural; es como el cáncer, la reproducción de las células atacadas por los plaguicidas es tan rápida que no se detiene siquiera después del deceso. Una víctima de brujería debe ser vengada o el mal alcanzará a los sobrevivientes, dice el indio. Sí, contestamos al unísono tú, yo y el asesor. El soldado herido intenta incorporarse. Las aguas, dice y se cae. Nos acercamos. Las aguas: nos mandaron a tomar muestras de agua, suspira; parece que con la sequía algo se ha concentrado en ellas. El asesor le pide que descanse y se cubre la cara con las manos. Siempre supo que el nitrógeno lixiviado de los fertilizantes puede concentrarse en acuíferos freáticos; ahora sabe que es suficiente que no llueva por un rato para que el isótopo de nitrógeno presente en los ríos por efecto de las radiaciones solares contamine el suelo, quemando las plantas y mate al ser humano que use sus aguas.

¿Pudo concentrarse en una poza?, pregunto. El asesor se encoge de hombros, sacude afirmativamente la cabeza. Tú y yo nos miramos: ¿ese último instante de placer, nuestra muerte? Cruzas tu índice sobre tus labios. No los asustes, dices. ¿Más?, pregunto. Quizá sobrevivamos. Sí, quizás.

Me levanto y voy hacia el soldado; es joven aunque el dolor de la herida y el miedo le han escarbado unas profundas ojeras azules y la humareda le ha enverdecido la piel. Perdóname, digo. Da vuelta a la cabeza para no mirarme. Lo volvería a hacer, carraspeo; pero preferiría que no fuese necesario. Así es la vida, dice él. Luego gime y yo levanto la curación que le ha puesto el indio. La herida me da asco. Mi hija me abraza por la espalda. Siento sus manos pequeñas en mi piel, su cabeza que se apoya en mis hombros, y suspiro.

Después del sepelio, seguimos siendo un cortejo fúnebre. La lluvia cesa en el camino a los ranchos. Empapados, silenciosos, algunos de nosotros tienen ganas de separarse de los demás y no pueden. El asesor ya no me toca, tú miras el suelo. Las niñas y las mujeres rodean a la madre de la muerta. Yo me acerco al indio: ¿Era tu hija?, pregunto. Él me mira, intuyo una imperceptible negación de la cabeza. ¿Qué más da?, contesta. En la luz grisácea, el hato de cabras ha desaparecido y sólo nos quedan tres mulas y el pinto.

Don Pedro y tu mujer han rezado más alto, con los rostros iluminados y una sonrisa a medio esbozar cuando la lluvia golpeaba ligera las piedras de la casa grande. Ahora los vecinos se saludan. Gestos de las cabezas más que palabras, las mujeres con mayor prisa que los hombres; los niños sin la angustia de volver a cuidar los animales; jóvenes no hay, emigraron. La nana de mi hija se acerca a tu mujer. Es hora de irlos a buscar, dice. Don Pedro las acompaña a la salida de los catorce ranchos; lleva una lámpara de alógeno y la cuelga de un poste. Mejor esperémoslos aquí, dice.

Nos encontramos sin fiesta. Sólo el prolongado abrazo de tu mujer, la nana cogiendo a mi hija en brazos, el indio y las mujeres haciéndose cargo del soldado. Tomo la mano del asesor de la Secretaría de Desarrollo Rural. Duerme conmigo, le pido. Mira el suelo. Yo soy uno de los asesinos, se acusa para negarse. Sabrás enmendarte, sugiero.

Don Pedro levanta su mano y bendice nuestros pasos que ya le han dado la espalda. Del otro lado de la sierra, doña Ana entra a su rancho.